
*Manuel Villaverde Cabral**

*Estructuras Agrarias
y Movimientos Rurales
en Portugal**
(1950-1978)*

Este artículo está estructurado en dos partes. En la primera se analizan los cambios más importantes ocurridos en las estructuras agrarias portuguesas durante los últimos veinticinco años. Los datos utilizados, relativamente pobres, proceden de los Censos de Población de los años 1950, 1960 y 1970 y de las Encuestas Agrarias de 1952-1954 y 1968; se mencionan asimismo algunos de los cambios acaecidos en las estructuras productivas y se hace constante referencia a la emigración rural masiva a partir de finales de los años 1950; por último, en el curso del análisis se intenta clarificar algunas cuestiones teóricas relacionadas con el problema de la integración de la agricultura en el modo de producción capitalista. Sobre el trasfondo de este marco estructural se estudian, en la segunda parte del artículo, los movimientos

* Portuguese Studies Fellow, St. Antony's College, Oxford.

** Una primera versión de este artículo fue presentada conjuntamente con João Ferreira de Almeida al IV Congreso Mundial de Sociología Rural (verano de 1976, Torun, Polonia); Eduardo de Freitas, del Gabinete de Investigações Sociais (Lisboa) intervino en los trabajos previos de redacción. Sucesivas versiones han sido presentadas al seminario «From Peasant to worker», dirigido por Stanley Trapido y Gavin Williams en Queen Elizabeth House, Oxford, y al «Peasants Seminar», dirigido por Terry Byres y Charles Curwen en el Centre of International and Area Studies de la Universidad de Londres. Agradezco a los directores y miembros de ambos seminarios sus comentarios y críticas.

sociales surgidos en las áreas rurales portuguesas después de la derrota de la dictadura por las fuerzas armadas el 25 de abril de 1974; para finalizar se traza una breve conclusión.

LAS ESTRUCTURAS AGRARIAS PORTUGUESAS, 1950-1970

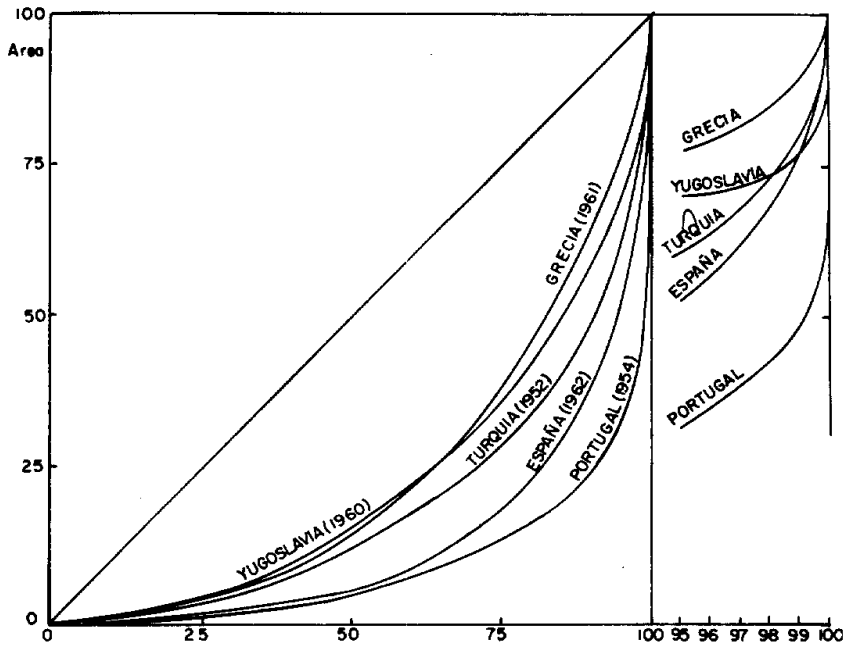
El cuadro 1, al final del artículo, muestra la configuración de las estructuras agrarias portuguesas en los 18 distritos continentales antes del 25 de abril, según la distribución de la tierra y la población agrícola, en base a los últimos datos disponibles. Para simplificar el cuadro hemos agrupado los distritos en cinco grandes regiones, distintas de las convencionalmente aceptadas por los estudios agrarios portugueses, pero que nos parecen tener gran homogeneidad, sobre todo si se toma como indicador el tamaño medio de la explotación, que a su vez está estrechamente correlacionado con la proporción de tierra por persona activa. Se habría conseguido mayor homogeneidad si hubiéramos utilizado los datos disponibles por municipios, pero lo consideramos innecesario dado el nivel de generalidad de este artículo. Así pues, en adelante la información estadística se referirá a estas cinco grandes regiones, con el fin de evitar detalles innecesarios.

A partir de las características establecidas en el cuadro 1 se pueden apreciar fácilmente las diferencias existentes entre las distintas regiones agrícolas portuguesas, pese al tamaño relativamente pequeño del país. Estas regiones van desde el típico *minifundio* en el noroeste (un promedio de dos hectáreas por explotación y dos hectáreas por persona activa), al también típico *latifundio* del Alentejo, donde el tamaño medio de las explotaciones (31,6 Ha) oculta, más que revela, el grado real de concentración de la tierra. A nivel nacional, el tamaño medio de las explotaciones (6,2 Ha) oculta también el alto grado de concentración de la tierra, lo que constituye una de las características más notables de las estructuras agrarias portuguesas, incluso si se comparan con otros países del sur de Europa, como pone de manifiesto el siguiente gráfico, procedente de un informe de 1969 de la OCED.

GRAFICO 1

Distribución del área cultivable, según curvas de concentración

Area promedio de tierra cultivable por explotación:



Portugal	5,1 Ha	Grecia	3,2 Ha
España	7,1 Ha	Turquía (incl. pastos privados)	7,7 Ha
Yugoslavia (incl. pastos) ...	4,7 Ha		

Antes de seguir adelante debemos señalar que, en contradicción con las opiniones tradicionales sobre la cuestión agraria portuguesa, parece muy difícil justificar sólo en términos históricos las grandes diferencias existentes en las características regionales de las áreas rurales portuguesas. Dicho de otro modo, aunque la historia social, económica y política del país puede explicar algunas de estas sorprendentes diferencias, sobre todo la manera distinta como fueron ocupadas las regiones del país en los siglos XII y XIII, durante el período de la emergencia de la nacionalidad, nos parece que la fuerte correlación, observada durante un largo período de tiempo, entre el tamaño de las explotaciones y la proporción de tierra por persona activa en cada región,

indica la persistencia de ciertos factores ecológicos que el desarrollo histórico no sólo no ha modificado de forma significativa, sino que quizá ha contribuido a reforzar, en especial debido al fracaso de la puesta en regadío de las tierras del Sur. Los cuadros 12 y 13 parecen indicar también una fuerte correlación entre el tamaño de las explotaciones y la superficie por persona activa, por un lado, y la productividad del suelo y el regadío, por el otro.

Sin embargo, quisiera ilustrar mi hipótesis con un ejemplo histórico. Hasta la promulgación de la legislación liberal (a partir de 1820 y durante todo el siglo XIX), las grandes propiedades de la Iglesia y de la nobleza del norte del país solían estar divididas entre gran número de pequeños arrendatarios, algunos de los cuales tomaron posesión de la tierra con el paso del tiempo; así, nada queda de las enormes propiedades del convento de Alcobaça, en la región Oeste, que en la actualidad es un área con explotaciones bastante pequeñas, propiedad de los cultivadores. Al contrario, hasta donde llega nuestro conocimiento, no existe en el Alentejo, al menos a partir del siglo XVII, una clase campesina importante diferente de la de los jornaleros, excepto en los alrededores de unos pocos pueblos más importantes; de hecho, hasta finales de los años 1770, los latifundios del Alentejo fueron en parte explotados con esclavos negros; por último, la nacionalización y venta de las tierras de manos muertas, a mediados de los años 1830, no produjo en modo alguno una división importante de la tierra, y sólo existen algunos casos, en el Oeste, de protestas por parte de una clase local de agricultores medios contra la formación de nuevos *latifundios burgueses*.

Los datos empleados en este artículo necesitan otra explicación. Es importante tener presente que todos los cuadros elaborados se refieren al *uso* y no a la *propiedad* del suelo. Sin embargo, parece que el esquema de concentración de la tierra no se alteraría significativamente si usáramos datos sobre la propiedad, ya que en la actualidad predomina el cultivo directo por los propietarios en el 75 por 100 del suelo cultivado, proporción que ha ido aumentando lentamente en tiempos recientes. La característica

más notable de la comparación entre datos sobre uso y propiedad del suelo es que en las áreas del Norte el número de propietarios tiende a ser el doble del número de explotaciones, lo que parece indicar que la explotación media está allí formada por tierras pertenecientes a dos personas, el marido y la mujer; de ello se desprende que los pequeños campesinos portugueses presentan un alto grado de endogamia, lo que podría considerarse como un indicador más de que esta clase constituye un *campesinado*, clase diferente de la formada por los agricultores independientes de Europa occidental. Más adelante volveremos sobre estas distinciones.

Pero quizá sea más significativo comparar el número de explotaciones con el número de agricultores, descritos en el cuadro 2: en 1970 el número de agricultores era menos de la mitad del número de explotaciones. En otras palabras, existe una fuerte evidencia de que más de la mitad del número total de explotaciones están dirigidas por personas que ya no aparecen registradas como agricultores, porque la agricultura ha dejado de ser su principal ocupación. Por desgracia, es imposible saber, con los datos disponibles, si estas explotaciones, que no tienen a su frente un agricultor a tiempo completo, son pequeñas, medianas o grandes. Pero si nos remitimos al cuadro 7 y omitimos las 122.000 explotaciones capitalistas (en las que se hallan empleados de forma permanente más de un trabajador), quedan unas 350.000 pequeñas explotaciones sin agricultor, o sea, explotadas a tiempo parcial por personas que obtienen su principal fuente de ingresos con otras actividades, principalmente mediante trabajo asalariado.

A grandes rasgos podemos afirmar que existe evidencia del hecho de que estas explotaciones incluyen las 235.000 descritas por las estadísticas portuguesas como *no autónomas*, más unas 100.000 explotaciones campesinas muy pequeñas descritas erróneamente como *autónomas*. Si ello es cierto, el número de explotaciones *verdaderas* debería reducirse a unas 450.000 y entonces el suelo cultivado por ellas se reduciría con unas 350.000 hectáreas hacia un total de 4.650.000 hectáreas; en otras palabras, el tamaño medio de

lo que llamamos explotaciones *verdaderas* debería elevarse hasta unas 10 hectáreas, lo que daría a estas explotaciones un tamaño más verosímil a efectos de proporcionar una renta suficiente para vivir a los pequeños propietarios campesinos, o unos beneficios suficientes a los agricultores capitalistas. Del mismo modo, la concentración de la tierra, en lo que se refiere a las verdaderas explotaciones agrícolas, aunque seguiría siendo elevada, debería reducirse algo.

Antes de pasar a analizar los cambios que, a partir de 1950, han conducido a la situación descrita en el cuadro 1, es importante señalar que en las décadas recientes la importancia de la actividad agrícola, considerada como un todo, tanto en términos de población activa como en términos de su contribución al PIB, ha decrecido de forma significativa, y se puede comparar favorablemente con la actual situación en la mayoría de los países del área mediterránea, con la excepción de Italia y España. Según datos recientes, la agricultura ocupa tan sólo el 25 por 100 de la población activa total y su contribución al PIB ha decrecido a un 14 por 100 (y con ello su participación en las exportaciones portuguesas). Pero los dos factores claves que explican este declive han sido básicamente negativos. El primero de ellos ha sido la fuerte emigración de la población rural: dos millones de personas aproximadamente emigraron a las ciudades o al extranjero (sobre todo Francia y Alemania) durante los últimos quince años, hasta la aparición de la actual crisis económica. El segundo factor es la lenta tasa de crecimiento de la producción agrícola, junto a una tasa de crecimiento relativamente alta del resto de los sectores de la economía (hasta 1973), como consecuencia de la persistente baja tasa de inversión en la agricultura tanto pública como privada (sólo el 7 por 100 del PAB a principios de los años 1970).

Así, aunque el producto bruto por persona activa empleada en la agricultura aumentó en un 3 por 100 anual hasta mediados de los años 1960 (frente al 6 por 100 de otros sectores de la economía), la producción agrícola creció a una tasa anual inferior al 1 por 100. Este estancamiento casi total de la producción agrícola portuguesa podría explicarse por diversos factores, pero, sin duda, la emigración ha sido

el más importante y del cual dependen casi todos los demás, como, por ejemplo, el progresivo envejecimiento de la población rural. Mientras en países como Grecia la emigración parece haber conducido a una agricultura más eficiente, al menos desde la perspectiva del mercado, en Portugal no ha tenido el mismo efecto. A principios de los años 1970, la emigración alcanzó en Portugal tales dimensiones que las crecientes remesas enviadas por los emigrantes a los pueblos del norte del Tajo e incluso al Sur, casi superaron el valor total de la producción agraria. En algunos distritos, el fenómeno alcanzó tales proporciones que puede afirmarse que una parte importante de la población rural adulta no dependía de la agricultura para cubrir sus necesidades monetarias (en el distrito de Guarda, las remesas equivalían en 1970 al 35 por 100 de la producción del área). Esta dependencia de la población rural del Norte respecto de las remesas procedentes del extranjero es un hecho fundamental que hay que tener presente a la hora de abordar el tema de la movilización de algunos sectores de este campesinado por las fuerzas políticas de la derecha durante el llamado «verano caliente» de 1975.

Por otro lado, la emigración, considerada como un factor de expulsión del pequeño campesinado, contribuyó, sin duda, a la formación de grandes y medianas explotaciones, que han dado origen a una cierta modernización de la agricultura del norte del país. Dicho de otro modo, la emigración es otra forma de denominar la concentración de la tierra ocurrida durante el período estudiado. Así, al examinar los cuadros 9b y 9c, resulta claro que el grupo correspondiente a las explotaciones más pequeñas (menos de cinco hectáreas) disminuyó de forma significativa, tanto en número como, sobre todo, en tierra cultivada. Además, tales cambios resultan especialmente notables en las áreas de pequeña agricultura, ya que en Alentejo los grupos de mayor tamaño no aumentaron, sino que se redujeron en unas 150.000 hectáreas. Ahora bien, cabe destacar que este proceso de concentración de la tierra a expensas de los pequeños propietarios no condujo a la formación de grandes explotaciones capitalistas, sino al fortalecimiento del grupo de tamaño mediano, cuyo número aumentó en casi un 100

por 100 y agregó 500.000 hectáreas al área cultivada con anterioridad; en 1968 estos medianos agricultores controlaban un 34 por 100 aproximadamente de la tierra cultivada, frente al 27 por 100 de quince años antes; en efecto, si excluimos el Alentejo, unos 150.000 medianos propietarios controlan actualmente el 50 por 100 de las tierras de sus regiones; sólo en las áreas más fértiles del Noroeste y en algunas zonas del Este el pequeño propietario posee todavía una superficie de tierra importante. Las grandes explotaciones aumentaron también proporcionalmente la superficie ocupada a expensas de los grupos de tamaño más pequeño, como se verá más adelante dentro de otro contexto.

Examinaremos a continuación otro y quizá más importante cambio de estructura agraria, ocurrido durante el mismo período y que se halla estrechamente ligado al fortalecimiento de la mediana propiedad. El cuadro 2 muestra los incrementos absolutos y relativos del grupo descrito como agricultores campesinos (no cuentan con trabajadores agrícolas permanentes y la mayor parte del trabajo es efectuado por mano de obra familiar), además de un pronunciado declive de propietarios capitalistas y de trabajadores asalariados, y sólo un pequeño descenso de la mano de obra familiar no asalariada. Llegados a este punto debemos hacer un paréntesis teórico para poder valorar algunos criterios tradicionales sobre el desarrollo del capitalismo en la agricultura.

Según las interpretaciones clásicas de Marx, Engels y sobre todo Kautsky y Lenin, el desarrollo capitalista de la agricultura sigue un modelo similar al de la industria, y conduce a la concentración de la tierra en poder de una clase reducida de grandes terratenientes y a la concentración de la actividad agrícola en manos de una clase igualmente pequeña de arrendatarios capitalistas que explotan la fuerza de trabajo de una amplia clase social de trabajadores agrícolas, progresivamente proletarizada. Lo cierto es que en una mayoría de los países europeos, como reconocen muchos autores marxistas, esta evolución no se ha materializado en el último siglo. Por el contrario, parece haber persistido la tendencia opuesta, es decir, una tendencia hacia el declive

de las relaciones de producción específicamente capitalistas en la agricultura y hacia el reforzamiento de la pequeña y mediana agricultura familiar. En cuanto a Portugal, parece que tras un largo período de «descomposición del campesinado», para usar las palabras de Lenin, la emigración masiva de la población proletarizada de las zonas rurales puso en marcha un proceso similar al seguido por los países de Europa occidental; una vez más parece que el modelo de la Europa occidental puede aplicarse al caso portugués en la medida en que el proceso de concentración de la tierra que ha tenido lugar no ha conducido, sin embargo, a la sustitución de la agricultura familiar por grandes explotaciones capitalistas.

Ahora bien, ello no significa que el capitalismo haya dejado de «penetrar» en la agricultura, y menos aún que su presencia esté disminuyendo. Este planteamiento, tal como ha sido desarrollado en Francia, buen ejemplo de esta evolución, sostiene que por diversas razones, que no podemos abordar aquí, se han ido difundiendo determinadas relaciones de producción no capitalistas en la agricultura, bajo la dominación global del modo de producción capitalista, que se extiende al sector de la agricultura familiar a través de los mecanismos de mercado (precios, crédito, etc.), o sea, la esfera de circulación del capital. Por otra parte, la mayoría de estos autores franceses (Faure, Servolin, Vergopoulos y otros) consideran esta tendencia universal y totalmente cumplida, opinión que no podemos compartir en base al caso portugués. A un nivel más general, estos autores, quizá con la excepción de Servolin, creen también que esta forma de incorporación de la actividad agrícola al capitalismo, a través de la circulación, es la que mejor se adapta a las necesidades del desarrollo capitalista. Por último, piensan que el grado de incorporación de la agricultura familiar, independientemente de las formas que tome esta incorporación, corresponde a una proletarización encubierta del campesinado; o sea, que el campesino moderno de Europa occidental es, o debería ser, un obrero en el sentido industrial urbano. No voy a discutir directamente estas conclusiones, pero espero que el análisis que sigue sobre las luchas y las alianzas de clases en el mundo rural portugués mostrará

la necesidad de precisar seriamente algunas de estas generalizaciones.

Para poder analizar la evolución a largo plazo de las estructuras agrarias portuguesas hemos sugerido la posibilidad de penetración del capitalismo en la agricultura siguiendo dos *modalidades* distintas basadas en las categorías elaboradas por Marx en su *Resultados del proceso directo de producción*, donde distingue entre *sumisión formal* y *real del trabajo al capital* (1). Según Claude Faure, que ha desarrollado los argumentos de Marx, el campesinado como clase y la agricultura como esfera de producción se hallan sólo bajo la *sumisión formal* al MPC, en la medida en que las relaciones de producción existentes en la agricultura familiar no son específicamente capitalistas; pero en la agricultura, a diferencia de la industria, la *sumisión formal* no conduce necesariamente —según Faure no conduce en absoluto— a un estadio de *sumisión real*, es decir, a relaciones de producción específicamente capitalistas, tales como trabajo asalariado y formas de cooperación complejas, consecuencia de una intensa división del trabajo; la agricultura familiar alcanza a lo sumo a especializarse en distintas ramas de la agricultura.

Aceptamos el argumento básico de Faure, versión más sofisticada de la tesis inicial de Servolin de la «absorción de la agricultura en el modo de producción capitalista», pero existen evidencias significativas, incluso en Francia, de que las relaciones de producción efectivamente capitalistas puedan ser predominantes en la agricultura, dadas ciertas condiciones de suelo, cultivos, tecnología e incluso de situación del mercado, especialmente del mercado de trabajo. A esto nos referíamos cuando aludíamos a las dos *modalidades* de penetración del capitalismo en la agricultura. Sin embargo, creemos, al igual que la mayoría de estos autores franceses, que las dos modalidades no están en competencia; en reali-

(1) El texto de *Results of the immediate process of production* (conocido en Francia como *Un Chapitre inédit du «Capital»*, editado y traducido por R. Dangeville, París, 1971) ha sido publicado recientemente en inglés por Albert Dragstedt como parte de una colección de estudios sobre el valor en Marx (véase Marx, 1976). La discusión sobre la sumisión real y formal del trabajo al capital aparece en la sección G de la edición francesa y en las páginas 116-133 de la traducción de Dragstedt.

dad, en caso de que lo estuvieran durante largo tiempo, el sector campesino llegaría a ser el sector predominante, como ha afirmado Chayanov.

Queda aún por hacer una aclaración teórica. La mayoría de los autores neopopulistas o de inspiración populista que han abordado recientemente la «cuestión campesina» no son suficientemente precisos sobre el significado del término «campesino». Suzanne Berger, al estudiar la política del campesinado francés de Bretaña, ha señalado que las palabras «campesino» y «agricultor» son utilizadas de forma muy vaga, lo cual está relacionado con los objetivos políticos que pretenden alcanzar aquellos que las emplean. En realidad, el concepto «campesino» comporta una serie de connotaciones que suponen un enfoque no sólo más favorable que la noción de agricultor, sino también menos diferenciador. Quisiera introducir aquí las precisiones hechas por Tepicht para que tengamos una idea menos vaga del concepto de campesinado.

Según este autor, se puede, y se debe, hacer una distinción entre una «agricultura campesina» y lo que él llama «agricultura industrializada»; sugiero además que la persona que dirige una «explotación agrícola industrializada» debe definirse como un agricultor (*farmer*) para diferenciarla del campesino (*peasant*). Según Tepicht, la diferenciación más importante entre ambas reside en el hecho de que la economía campesina está *parcialmente comercializada*. Añade además que ambas palabras son importantes: *la primera* distingue al campesino del agricultor industrial (da el ejemplo de los Estados Unidos y de Australia, países en los cuales la agricultura campesina ha sido desplazada por la agricultura industrializada, *totalmente* orientada al mercado); *la segunda* palabra evita que describamos la economía campesina como una economía de subsistencia.

Tepicht sugiere seguidamente la necesidad de dividir los intercambios agrícolas fuera del sector en dos partes: *intensidad externa I*, correspondiente a los inputs que la explotación agrícola debe comprar, e *intensidad externa II*, correspondiente a las ventas de la explotación agrícola; según este autor, la agricultura campesina se caracteriza por el hecho

de que la *intensidad externa II* se desarrolla más rápidamente que la *intensidad externa I*; y ello se produce de forma simultánea a una creciente *intensidad interna*, es decir, la incorporación de productos intermedios de la finca en el producto final vendido al mercado. Cuando la *intensidad externa I* es mayor que la *intensidad interna*, la economía campesina inicia su declive y da paso a la agricultura industrializada. En mi opinión este planteamiento constituye un buen marco teórico, que permite incluso realizar algunas estimaciones cuantitativas, para diferenciar entre campesinos y agricultores. Así pues, en términos generales, situaremos dentro de este contexto al sector *campesino* portugués, que en parte se está convirtiendo ya en un sector de *agricultores*, como ha sucedido en gran medida en países como Francia, pese a que algunos autores siguen empleando el término poco preciso de «campesinado».

Volvamos ahora a las estructuras agrarias portuguesas. Los cuadros 2, 3 y 4 muestran bastante claramente la contracción del sector específicamente capitalista dentro de la agricultura, tal como lo hemos definido más arriba, y la expansión relativa del sector campesino durante un periodo de veinte años. En cualquier caso, después de 1970, el aumento de los salarios de los jornaleros ha debido reforzar esta tendencia; parece que en el Norte los ingresos medios de esta clase son más elevados que los de los cultivadores y trabajadores familiares. La contracción del sector capitalista se ha debido, sobre todo, a la virtual desaparición de una combinación de pequeños empresarios y mano de obra eventual, situación típicamente de atraso, aunque capitalista; de hecho, mientras el descenso total de la población agrícola durante la década de los años 60 fue del 30 por 100, los dos grupos mencionados más arriba fueron los que experimentaron un mayor descenso, del 77 por 100 y del 45 por 100, respectivamente (los trabajadores fijos disminuyeron sólo el 15 por 100).

Sin embargo, el sector capitalista, aunque en decadencia, sigue siendo todavía igual al sector campesino en términos de población activa (en realidad, si se incluyeran en las estadísticas las mujeres de los campesinos, empleadas casi regularmente en la agricultura familiar, el sector capitalista

representaría menos del 50 por 100 del total de población activa agrícola). Este sector posee todavía el 60 por 100 de la tierra cultivada, frente al 70 por 100 de principios de los años 1950. Por desgracia, sólo se pueden hacer conjeturas sobre la participación de cada sector en la producción agrícola total. Dada la menor productividad de las tierras del Sur, donde predominaba la agricultura capitalista, se puede suponer que su participación en la producción total era inferior a su participación en el total de la tierra cultivada; pero no es menos cierto que algunas áreas de cultivo capitalista de viñedo han resultado sumamente productivas y lucrativas en los últimos años, hasta la sobreproducción de 1974. Por otro lado, existe un factor que contradice hasta cierto punto la tendencia general hacia la decadencia de las relaciones de producción específicamente capitalistas en la agricultura. En efecto, si se analizan de nuevo los cuadros 9b y 9c, sorprende la aparición de una minoría significativa de grandes propiedades (más de 100 hectáreas) en las áreas del Norte, tanto occidentales como orientales, y también en el Algarve, en el Sur. Estas propiedades, virtualmente inexistentes a principios de los años 1950, requieren para su funcionamiento el empleo de un volumen importante de mano de obra asalariada. A principios de los años 1950 sólo existían en la región Noroeste doce explotaciones de más de 100 hectáreas, que representaban 2.800 hectáreas cultivadas; a finales de los años 1970 existían ya 207 grandes explotaciones, con una extensión total de más de 54.000 hectáreas, lo que constituye una situación nueva por completo en esta región. No obstante, el aumento igualmente extraordinario de las explotaciones de tamaño mediano en las mismas regiones puede haber conducido a una situación en la que la brecha entre campesinos pobres y medianos ha podido disminuir, junto a un agudo descenso de la población agrícola asalariada a la que ya hemos hecho referencia anteriormente. Así pues, hay que señalar que la comunidad agrícola, sin excluir un alto grado de diferenciación, parece haber presenciado un proceso de consolidación y de relativa homogeneización durante los últimos veinte años. Finalmente dado el aumento sustancial de la mecanización, aunque siga siendo baja (cuadro 10), es posible que parte de las

grandes y medianas explotaciones hayan evolucionado lentamente desde una agricultura campesina a una industrializada, según se ha definido más arriba.

Llegados a este punto, la conjetura más verosímil es que la aparición en áreas de pequeña explotación de una minoría de agricultores capitalistas e industriales no alteró de forma significativa los comportamientos sociales, políticos e ideológicos dominantes. De hecho, la capacidad de esta nueva clase regional para dirigir a la masa de campesinos en sus confrontaciones con el Estado y los sectores no agrícolas, en materia de precios y subsidios, parece haber bastado para compensar las contradicciones internas que seguramente aparecieron. Carecemos de evidencias suficientes para probar tales afirmaciones, pero si se tiene en cuenta la información directa recogida sobre todo en la región Oeste, cabe suponer que en las últimas décadas se ha producido una pérdida sensible del poder social de los propietarios tradicionales, quienes solían confiar en su control sobre los arrendatarios, en beneficio de una naciente clase rural de campesinos ricos, intermediarios y fabricantes de productos alimenticios (funciones desempeñadas con frecuencia por las mismas personas). Tal hipótesis parece haberse confirmado recientemente por el hecho de que, sobre todo en el Oeste y Noroeste, las clases medias rurales mostraron su capacidad de ponerse al frente de importantes sectores de masas campesinas contra la izquierda, dominante en Lisboa y en el Alentejo, durante el verano de 1975.

Ahora bien, la descripción hecha hasta ahora no tiene en cuenta la situación de los estratos inferiores de la población rural, pese a que, si bien en declive, ni los campesinos pobres del Norte ni los trabajadores agrícolas sin tierras han desaparecido de la escena rural. Hay que señalar a este respecto dos cuestiones, y empezaremos por el proletariado rural. A nivel nacional, éste representa todavía un número muy elevado, y aunque está disminuyendo en relación a la población agrícola total, es con mucho el más elevado de Europa, cerca del 50 por 100 del total. A propósito, este hecho debe despertar algunas dudas en cuanto a la medición de la penetración del capitalismo en la agricultura, en términos puramente de predominio del trabajo asalariado, tal

como creía Lenin aún en 1917, cuando estudió la agricultura de los Estados Unidos. Por otra parte, las teorías marxistas han dado tradicionalmente por sentado que el proletario rural es un proletario *tout court*. Una vez más el caso portugués es un buen ejemplo para demostrar la relativa inexactitud de tal afirmación, ya que podemos hallar en Portugal dos grupos, por lo menos, claramente diferenciados de proletarios rurales.

Como ha señalado el profesor Mintz, una cosa es la posición de un trabajador asalariado, con predominio mayoritario en el seno de una sociedad rural, un hombre que no conserva recuerdo alguno de posesión de tierra, un hombre que vive la mayor parte del tiempo en pequeñas aglomeraciones urbanas proletarias; y otra cosa muy diferente es la posición del trabajador asalariado en el seno de una comunidad rural, social y culturalmente dominada por el campesino, un hombre que a menudo posee o arrienda una pequeña parcela de tierra donde cultiva parte de sus propios productos alimenticios y que puede tener acceso a las tierras comunales del pueblo para la cría de ganado menor, un hombre cuyo medio ambiente le permite creer en la posibilidad de convertirse en un «agricultor independiente». Como habrán podido comprobar todos aquellos que conocen Portugal, las situaciones que acabamos de describir, muy diferentes entre sí, corresponden a los trabajadores agrícolas del Sur y del Norte del país, respectivamente.

Creo oportuno comentar ahora el cuadro 5, porque los datos agregados a nivel regional pueden conducir a conclusiones erróneas. De hecho, si excluimos de la región de Alentejo las áreas de agricultura de regadío, y si sumamos a las áreas alentejanas de agricultura seco las de los distritos de Santarem (en el Oeste) y Faro (en el Algarve), la proporción de trabajadores asalariados en este área homogénea de agricultura de secano típicamente mediterránea, con cultivo de trigo y avena, juntamente con bosques extensivos de alcornocques y de olivos, alcanzaría más del 80 por 100 de la población agrícola, frente a un máximo del 50 por 100 en el Oeste y el resto del Algarve, con proporciones mucho menores en las áreas del Norte. De los cuadros 6a y 6b se desprende que hay trabajadores asalariados fijos en

proporciones importantes (más del 50 por 100) en el Alentejo y en el rico distrito de Oporto, donde la producción está orientada hacia el segundo mercado más importante después de Lisboa. Además, el cuadro 5a muestra también que el declive de la clase de los jornaleros fue importante sólo fuera del Alentejo, lo que confirma la anterior hipótesis de una posición diferente de cada sección del proletariado rural a escala nacional.

Por último, es necesario referirse a una categoría que las estadísticas portuguesas apenas reflejan, o sea, el semiproletariado. Los enfoques tradicionales de la izquierda, sobre todo los basados en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, de Lenin, tienden a considerar el semiproletariado rural como un estadio transitorio y temporal en el proceso de transformación del campesino en obrero. Pero también en esta cuestión el caso portugués ofrece un ejemplo de la relativa imprecisión de tales afirmaciones. En Portugal, esta categoría ha sobrevivido durante tanto tiempo que resulta difícil hablar de estadio transitorio cuando se trata de valorar su papel económico, social, político o ideológico en la sociedad, pese a que se quiera creer que, *al final*, el semiproletario se convertirá en un proletario *tout court*. Esta misma reserva es válida *a fortiori* en cuanto a las generalizaciones según las cuales los campesinos *sometidos formalmente* al capital son equivalentes a obreros asalariados (como han afirmado recientemente Gervais y otros autores), incluso en el caso de la agricultura integrada, según Evrard y otros autores.

Así pues, en primer lugar, la semiproletarización no es una situación individual del agricultor, sino una situación familiar. En este sentido, para que el semiproletario exista durante un largo período de tiempo se requiere la continuidad de la combinación típicamente campesina entre economía agrícola y economía familiar. Independientemente de qué miembro o miembros de la familia salgan a trabajar por un salario y también de dónde, cuándo y por cuánto tiempo tiene que hacer este trabajo, la familia semiproletaria está forzada a comportarse económica y socialmente según el concepto general de Chayanov del ingreso familiar global e indivisible que combina todas las fuentes de renta. En otras

palabras, dado que el proletariado no puede concebirse sin la sobrevivencia de la familia campesina, no puede asimilarse a un simple asalariado, aunque el papel que desempeñe en la fábrica y en la construcción sea igual al desempeñado por el proletario.

Ahora bien, sabemos por los datos del cuadro 7 que en Portugal al menos 235.000 explotaciones no podían sostener a una familia y por tanto eran clasificadas como *no autónomas*; además, sabemos igualmente que otras 100.000 pequeñas propiedades, aunque clasificadas como *autónomas*, tampoco podían sostener a una familia campesina. De hecho, según nuestros cálculos, el número estimado de miembros de familias rurales semiproletarias que desarrollan una actividad económica doble alcanza las 500.000, o sea casi el 15 por 100 de la población trabajadora total del país. Una serie de análisis adicionales a nivel regional nos han llevado a la conclusión de que el empleo de este semiproletariado en la agricultura o en la construcción local ha disminuido en los últimos años, pero que estas formas tradicionales de semiproletarización han sido sustituidas por otras más estables en la industria manufacturera; así, se ha generalizado en gran parte del Noroeste y en zonas del Oeste el modelo establecido hace más de un siglo por la industria algodonera en los distritos de Oporto y Braga; las industrias dependientes de esta forma concreta de articulación con la economía campesina no sólo son las más pequeñas y atrasadas, sino también las grandes multinacionales, como la ITT, por ejemplo, cuya planta más importante, situada cerca de Lisboa, recoge diariamente a la fuerza de trabajo femenina que vive en los pueblos a unos 40 kilómetros alrededor de la fábrica.

La magnitud de esta clase semiproletaria, cuyas referencias culturales e ideológicas básicas sólo pueden ser las de una familia patriarcal de pequeños campesinos, tiene un fuerte peso económico y social sobre la composición de las clases obreras de las áreas litorales, desde Viana hasta Leiria. Es obvio que a nivel económico esto proporciona a la industria una fuerza de trabajo reproducida al coste más bajo posible en el seno de la agricultura familiar y que, por tanto, está dispuesta a trabajar a cambio de salarios más bajos, inferiores a los de los asalariados urbanos. A nivel

social, este semiproletariado, altamente estabilizado, ha permitido a las clases dirigentes del país evitar la unificación total de las clases obreras, lo cual ha tenido una importancia vital en los recientes acontecimientos políticos, como ya había tenido en el pasado. Baste con decir que en las áreas altamente industrializadas del Noroeste, tales como el distrito de Aveiro, el Partido Comunista Portugués (PCP) y los grupos de extrema izquierda sólo consiguieron un 5 por 100 de los votos en las elecciones de 1975 y 1976, frente al 60 por 100 o más en las viejas zonas industriales de Lisboa y Setúbal; incluso en los centros industriales más antiguos del Norte, tales como Santo Tirso, en el distrito de Oporto, aquellos partidos de la izquierda sólo consiguieron el 10 por 100 de los votos.

ESTRUCTURAS PRODUCTIVAS DE LA AGRICULTURA PORTUGUESA

La evolución de las estructuras agrarias portuguesas, aunque atrasadas en comparación con los niveles europeos, parece confirmar las tendencias generales hacia una marginalización definitiva, ya sea de los productores muy pequeños o del latifundio tradicional, en beneficio de un sólido grupo de pequeños y medianos agricultores, que se están convirtiendo en el sector más importante de la producción rural, y de agricultores capitalistas e industriales. La agricultura capitalista ya no cuenta como en otros tiempos con unos recursos ilimitados de mano de obra barata, y ha centrado su actividad en una gama restringida de cultivos comerciales que le permiten operar con economías de escala (tales como el cultivo de la vid y de frutales, sobre todo en el Oeste) o que por sus especiales características sólo pueden ser cultivados en grandes explotaciones extensivas (como el alcornoque en el Sur). En definitiva, sólo las explotaciones más importantes (de más de 20 hectáreas) orientan completamente su producción hacia el mercado; de hecho, sólo el 30 por 100 del total de explotaciones vendieron en 1968 más de la mitad de la producción (el autoconsumo incluye también consumo productivo, y no sólo cultivos alimentarios para la familia). Esto constituye otro indicio,

según el esquema teórico de Tepicht, del carácter campesino predominante en la agricultura portuguesa.

Como indica el cuadro 10, la mecanización experimentó un incremento sustancial entre 1952 y 1972, y ha aumentado en igual proporción hasta el presente. Cabe señalar a este respecto la relativa desaparición de las diferencias regionales, sobre todo hasta 1968, en que las áreas del Norte, donde los campesinos son más pobres pero las tierras más ricas, se nivelaron hasta cierto punto con las áreas del Sur, donde la temprana introducción de la agricultura capitalista compensó la poca productividad de la tierra con una mayor productividad del trabajo, como se muestra en el cuadro 12. En cualquier caso, los cambios ocurridos en las formas de producción agrícola a nivel regional, según su contribución al PAB a partir de 1970, deben de haber aumentado la proporción del Noroeste y del Oeste que, a principios de la década, representaban ya el 60 por 100 de la producción total. Estas dos regiones cuentan asimismo con el 60 por 100 de la población total agrícola, pero sólo con el 30 por 100 de la tierra.

Como hemos señalado más arriba, en las últimas décadas la producción se ha incrementado muy lentamente: sólo un 0,7 por 100 anual durante el período 1953/1976, e incluso menos en la última década, evolución totalmente desfavorable si se compara con el crecimiento del producto agrícola de otros países del sur de Europa. Sin embargo, merece la pena mencionar el desplazamiento gradual de la producción agrícola a la producción ganadera dentro del sector agrario. De hecho, mientras el valor añadido bruto de la producción agrícola disminuyó a una tasa anual de $-0,3$ por 100 durante los últimos veinticinco años, e incluso a un ritmo más rápido ($-0,8$ por 100) en el período más reciente (con un importante descenso de los cereales y otros cultivos tradicionales como el aceite de oliva y el vino, frente a un aumento de la producción de frutas y verduras), el valor añadido bruto de la producción ganadera aumentó a una tasa anual del 1,9 por 100 durante los últimos veinticinco años e incluso a un ritmo mayor en la última década (2,4 por 100), sobre todo la producción de carne. A principios de

los años 1950, la producción agrícola representaba un 54 por 100 del producto agrario total, la ganadería el 31,4 por 100 y la silvicultura el 14,2 por 100; en la actualidad, los mismos sectores representan 44,5 por 100, 40 por 100 y 15,5 por 100 del total.

Dicho de otro modo, este paso de la producción agrícola a la producción ganadera que corresponde a un cambio hacia la agricultura más intensiva y más rica, dado el tipo de producción ganadera predominante en el país, parece confirmar el modelo de cambio observado en la demanda interior, que muestra tanto una mejora de la dieta nacional como un aumento de la orientación de la pequeña explotación agrícola hacia el mercado interior; este proceso fue estimulado por el Estado a través de fuertes subsidios, en especial para la producción de carne y leche. El caso de la región noroeste, que representaba un 30 por 100 aproximadamente de la producción de leche hace diez años y que ha pasado en la actualidad a cubrir casi el 50 por 100 de la producción total (incrementada a su vez en casi una mitad), es un buen indicador para ilustrar este desplazamiento hacia la producción de origen animal.

Hay que recordar asimismo que a partir de finales de los años 1960 y hasta 1974, debido por un lado a una inversión general de la *relación de intercambio* entre la agricultura y el resto de los sectores de la economía y, por otro, al aumento de los subsidios a la producción de carne, leche y vino, la posición relativa de los agricultores portugueses frente a las áreas urbanas experimentó cierta mejora, quizá por primera vez desde la segunda guerra mundial; esta tendencia se ha visto favorecida por las remesas de los emigrantes hacia las áreas rurales, pero los ingresos de los agricultores y los trabajadores del campo son aún mucho más bajos que los de las zonas urbanas (casi el 50 por 100 de las familias rurales cuentan con un ingreso inferior a la media nacional, y los ingresos medios de los agricultores son un 50 por 100 inferiores a los de los obreros industriales).

Sin embargo, tras la caída de la dictadura, la relación de intercambio se invirtió de nuevo de forma espectacular, debido a un crecimiento significativo de los salarios urba-

nos, sobre todo los salarios de la clase obrera, y también a la política de precios de los gobiernos provisionales de 1975, que favoreció de forma deliberada los inputs industriales destinados a la agricultura, tales como fertilizantes y piensos. Por otra parte, la abundante cosecha de vino de 1974 produjo la crisis de sobreproducción más seria de todo el período reciente, además de un colapso del sistema corporativo de intervención estatal. La combinación de todos estos factores explica en gran medida la creciente oposición en las áreas rurales a la revolución que estaba en marcha en las ciudades; cuando la revolución se extendió a las grandes propiedades del Sur y los trabajadores agrícolas empezaron a ocupar las grandes explotaciones, todo ello sirvió de estímulo ideológico a la protesta económica y social, por lo demás predecible, del campesinado del Norte, y condujo al «verano caliente» de 1975, al que ya hemos hecho referencia anteriormente.

Antes de pasar a la segunda parte es necesario referirse brevemente a la balanza comercial agrícola. Pese a los aumentos de la productividad, el déficit comercial agrícola portugués aumentó continuamente de 150 millones de dólares en 1970 a 400 millones de dólares en 1974; a partir de esta fecha, el déficit ha aumentado incluso más rápidamente, debido al crecimiento de la demanda de bienes agrícolas a un ritmo mayor que la oferta, lo que ha puesto de manifiesto la incapacidad de las estructuras agrarias y productivas predominantes de adaptarse a la mejora del nivel de vida, tanto en las ciudades como en las mismas zonas rurales. Estos obstáculos sociales y económicos fueron de importancia crucial en la aparición de las marcadas contradicciones políticas entre campo y ciudad durante el período revolucionario que siguió al golpe militar.

MOVIMIENTOS SOCIALES EN EL PORTUGAL RURAL DESPUES DEL 25 DE ABRIL DE 1974

Pasamos ahora a analizar la amplia y variada gama de movimientos rurales surgidos en el país después del 25 de abril. En el Alentejo, estos movimientos llegaron a provocar

una serie de cambios revolucionarios en el sistema de propiedad de la tierra, e incluso en las relaciones de producción globales de la región, es decir, condujeron a lo que se ha dado en llamar, quizá de forma inapropiada, «reforma agraria». En primer lugar, estudiaremos el movimiento de ocupaciones de tierras; a continuación, la aparición de nuevas formas de cooperación entre el campesinado, y la movilización, en algunos distritos del Noroeste, de la clase de pequeños arrendatarios en torno a la puesta en vigor de la nueva Ley de Arrendamientos Rústicos; finalmente, haremos una breve referencia a las organizaciones existentes en las áreas rurales y al comportamiento electoral de distintos sectores del campesinado.

Las ocupaciones de tierras

Después del 25 de abril, el escenario político y social agrario estuvo dominado por el movimiento de ocupación de tierras. Sin embargo, como ya hemos señalado anteriormente, puede afirmarse que dicho movimiento se produjo tan sólo en los distritos del Alentejo, incluidas algunas áreas del distrito de Santarem que están comprendidas aquí en la región occidental. Alentejo es una región donde la tierra está concentrada en unas pocas grandes y muy grandes explotaciones agrícolas. Como muestra el cuadro 9c, aunque en 1968 el tamaño medio de la explotación era de 31,6 hectáreas, de hecho menos de 5.000 grandes explotaciones, es decir, el 7,1 por 100 del total de explotaciones de la región, cultivaban casi el 90 por 100 de la superficie total. Por otra parte, cuando se hicieron públicas las estadísticas sobre las ocupaciones de tierras, se puso de manifiesto que la superficie total de la tierra ocupada por los trabajadores agrícolas locales, es decir más de un millón de hectáreas, ¡era propiedad de tan sólo 1.200 latifundistas!

Como se ha señalado anteriormente, en el otro extremo de la escala social, Alentejo contaba con el 28,5 por 100 del total de trabajadores agrícolas asalariados del país, campesinos sin tierra que en 1970 representaban el 77,5 por 100 de la población agrícola de la región. Además, este proletariado rural tiene una larga tradición de lucha que se remonta al

siglo XVIII, en que se pueden encontrar, hacia 1784, referencias sobre acciones de tipo huelguístico y precedentes de intervención gubernamental en la fijación de jornales en 1756. La historia agraria portuguesa pone de manifiesto que a lo largo del siglo XIX el proletariado rural del Alentejo se hallaba en una posición comparativamente mejor que el semiproletariado y los trabajadores eventuales del norte del Tajo, al menos en lo que se refiere a poder de negociación. En contraste con los campesinos pobres del Norte, los trabajadores agrícolas del Alentejo no participaron en las oleadas masivas de emigración del período 1875-1925, y cuando abandonaron las áreas rurales se integraron en el proletariado urbano de Lisboa y Setúbal, sobre todo en la industria corchera y en la construcción, donde destacaron por su militancia.

Tras la proclamación de la República en 1910, protagonizaron una gran oleada de huelgas violentas, y por lo general fructíferas, que los autores de la época describieron como la «insurrección del Alentejo». Estas huelgas pusieron de manifiesto un elevado nivel de organización, sin hablar de su grado de solidez interna, y por encima de todo se caracterizaron por la ausencia de cualquier demanda sobre la tierra, ni en términos de distribución ni de socialización. Las reivindicaciones eran típicamente obreras: mejores jornales y condiciones de trabajo, y en especial mayor seguridad de empleo y una «escala móvil» que permitiera adaptar el nivel de salarios al incremento de los precios. En 1912 se creó una amplia red de sindicatos locales afiliados a la tendencia sindicalista revolucionaria que fue dominando de forma progresiva el movimiento obrero; dichos sindicatos llegaron a contar con algunas decenas de miles de afiliados. Durante la República y hasta 1924, las condiciones salariales del proletariado rural del Alentejo fueron mejores que las del resto de los sectores obreros, como han reconocido tanto sindicalistas como dirigentes comunistas.

Con la introducción de la mecanización y la toma de poder por el fascismo al final de los años 1920, y pese a la restauración de una política de protección de los cereales y al lanzamiento de una «Campaña del Trigo» de tipo fascis-

ta, la deflación y la represión afectaron gravemente al proletariado rural del Alentejo. En realidad, éste perdió gran parte de su fuerte y tradicional poder de negociación, factor al que, sin duda, se sumó de forma significativa la interrupción de la emigración a nivel internacional: durante los años 1930 y 1940, la llamada «población excedente» de las áreas del Norte, que tradicionalmente emigraba al extranjero, fue parcialmente canalizada hacia el Alentejo, a veces con ayuda estatal. Así, el desempleo empezó a dejar sentir sus efectos de forma mucho más grave que en el pasado, y los jornales tradicionalmente elevados para operaciones punta, tales como la siega, empezaron a descender, debido a la inmigración estacional de gran número de campesinos pobres procedentes del norte del país.

No obstante, a pesar de la violenta represión, el proletariado rural del Alentejo pudo lanzarse de nuevo a la ofensiva, cuando la emigración empezó a aumentar otra vez. Así, en 1962 luchó en favor de la introducción de la jornada de ocho horas, reivindicación claramente obrera. Una vez más mostró su fuerza para conseguir algunas ventajas, si bien es cierto que por aquel entonces el gobierno estaba cambiando de política y prestaba su apoyo a cultivos más intensivos y competitivos que el trigo. La huelga de 1962 representó al mismo tiempo el punto álgido de la militancia de los trabajadores agrícolas del Alentejo durante el fascismo y el inicio de su declive numérico.

A nivel político, la huelga de 1962 estuvo estrechamente ligada a la situación general del país, que experimentaba por entonces la mayor oleada de protestas contra el régimen autoritario desde 1958; puso también de manifiesto que el Partido Comunista había sustituido por completo la vieja tradición sindicalista, tanto en términos ideológicos como organizativos, hasta el punto de que le fue posible mantener, a nivel de organización, una red clandestina de cuadros y activistas. En otras palabras, mucho antes del golpe de 1974, el PCP era con mucho la fuerza política más influyente del Alentejo, zona en que los tradicionales vínculos de patronazgo parecen haber sido muy exagerados, por ejemplo en la conocida monografía de Cutileiro. Como es obvio,

hay que tener presente todos estos hechos a la hora de analizar el movimiento de ocupación de tierras, incluso cuando se afirma que el papel del PCP no fue suficientemente claro ni predominante en la iniciación del movimiento posterior a 1974. Por último, los resultados electorales del PCP en el Alentejo, que obtuvo casi el 50 por 100 de los votos en los distritos de Evora y Beja, eran bastante predecibles habida cuenta de estos precedentes históricos.

Antes de seguir adelante quisiéramos destacar claramente, en especial frente a las recientes críticas de Ian Rutledge sobre nuestra interpretación de estos hechos, que el movimiento social del Alentejo no debe ser considerado como un movimiento campesino más, y menos aún como una *jacquerie*. En su artículo sobre «Land Reform and the Portuguese Revolution», Rutledge afirma que la evidencia ofrecida por los movimientos rurales en la vecina Andalucía contradice nuestro punto de vista. A este respecto debemos señalar que la escasa evidencia, principalmente ideológica, aportada por J. Martínez Alier, en la que se basa Rutledge para hablar de las aspiraciones de «reparto» de los trabajadores agrícolas andaluces, no nos parece totalmente convincente, y que por otra parte no tenemos indicio alguno de que las posibles similitudes entre Andalucía y Alentejo puedan aplicarse al tema de la división de los latifundios. En el Alentejo, la seguridad del puesto de trabajo y las condiciones salariales y laborales han sido los únicos objetivos de la movilización, latente o abierta, de los trabajadores agrícolas sin tierras, al menos hasta donde podemos hacer remontar el movimiento.

Por otra parte, no existe hasta ahora evidencia alguna de demandas de distribución de tierras, si bien a nivel individual algunos miembros de grupos concretos de trabajadores cualificados y con empleo fijo han reivindicado el acceso a la tierra y se han convertido en arrendatarios e incluso algunos de ellos en propietarios. Un dato interesante a señalar es que los únicos ejemplos de demandas colectivas de tierras adoptaron la forma de reivindicaciones sindicales sobre la municipalización de tierras no cultivadas, especialmente durante la primera guerra mundial, acciones clara-

mente relacionadas con el problema de subsistencias y escasez de alimento que estaba padeciendo la clase obrera urbana.

Por último, y en contra de las críticas de Rutledge sobre nuestra subestimación de las aspiraciones a la tierra, el mismo Cutileiro ha demostrado que en los casos de distribución de tierras comunales, que se produjeron en el Alentejo a finales del siglo XIX a petición de las clases terratenientes para poder retener a los trabajadores agrícolas, estos últimos no lograron mantener la propiedad de sus parcelas durante un largo período de tiempo ni mostraron un especial interés en ello; es posible que no sucediera lo mismo durante los malos años de 1930 y 1940, cuando el paro alcanzó un nivel máximo y un pedazo de tierra en las áreas más ricas era considerado como una contribución a los ingresos familiares, pero sólo como una contribución, según el modelo de semiproletarización típico de las regiones del norte del Tajo descrito más arriba.

Así, podemos comprobar que después de 1974 no se produjo un cambio fundamental en la *naturaleza* del movimiento, aunque sí en las *formas* en que se manifestó. Como ya hemos señalado, el movimiento de ocupación de tierras no fue un movimiento campesino en favor de la reforma agraria, en especial si ésta se define como un reparto de grandes propiedades entre los campesinos pobres, sino un movimiento proletario con una clara ideología socialista y orientado, sobre todo, a asegurar los puestos de trabajo de los trabajadores agrícolas. Dicho de otro modo, las explotaciones colectivas creadas por los trabajadores agrícolas en las tierras ocupadas no se diferencian mucho de las empresas industriales ocupadas en 1975 y nacionalizadas o dirigidas por los obreros con la ayuda del Estado. Esto es tanto más cierto cuanto que las ocupaciones de tierras, al igual que las de fábricas, se iniciaron tan sólo después de un fructífero período de convenios colectivos bajo el control de los sindicatos comunistas recién constituidos. De hecho, las ocupaciones de tierras se iniciaron en la primavera de 1975, tras la toma del poder por parte de la izquierda en la capital, y sobre todo en torno a la coyuntura crítica del 11 de

marzo, con el fin de dar una respuesta práctica e inmediata al hundimiento de la clase capitalista y en particular de los latifundistas.

Los trabajadores empezaron a ocupar tierras y a intentar dirigir las explotaciones agrícolas cuando los grandes agricultores, ante su hundimiento político, abandonaron el cultivo de las tierras e iniciaron la descapitalización de sus propiedades. En mi opinión, la verdadera espontaneidad del movimiento no hay que medirla por el mayor o menor grado de control ejercido sobre él por los partidos políticos y los sindicatos, sino por el hecho de que no se trató de una reforma agraria en el sentido de que fuera dictada desde arriba. Lo sorprendente es que, por aquel entonces, algunos sectores de la clase capitalista, incluidos ciertos grandes agricultores, estaban preparados para llevar a cabo algunas transformaciones en los latifundios tradicionales que habían sobrevivido por la ayuda de importantes subvenciones estatales y, en menor medida, gracias a los bajos salarios. Pero es obvio que estos sectores de capitalistas ilustrados no pretendían poner en cuestión el sector específicamente capitalista de las explotaciones modernas establecidas en las tierras más ricas del Alentejo. Lo que acabó con tales planes fue que, después de una primera acción espontánea de ocupación de las tierras más pobres, a menudo yermas, llevada a cabo por los propietarios de tractores y segadoras-trilladoras de alquiler de Évora, el movimiento pasó entonces bajo el control de los sindicatos comunistas y dirigió su acción a la ocupación de tierras más ricas y de explotaciones modernas. De esta forma se acabó con cualquier esperanza de una reforma agraria controlada por el Estado, encaminada tanto a la modernización del sector como a la absorción de una parte del proletariado rural por una «clase tapón» de pequeños campesinos. En una fecha tan avanzada como 1976, el socialista Lopes Cardoso, ministro de Agricultura durante los gobiernos de Azevedo y Soares, y posteriormente el ministro Barreto, preveían aún la «desproletarización» del Alentejo con vistas a acabar con el control político del PCP en la región.

Tras las primeras ocupaciones que afectaron a unas

280.000 hectáreas, y hasta la cosecha de 1975, la mayoría de ellas en los distritos de Evora y Beja, el movimiento experimentó una interrupción. Después del verano, y para asegurar las operaciones de siembra, creció de nuevo la presión sobre el gobierno; pese a la caída del primer ministro, Vasco Gonçalves, y de su ministro de Agricultura, Oliveira Baptista, el nuevo ministro, Lopes Cardoso, aunque opuesto explícitamente a la colectivización de las explotaciones agrícolas, tuvo que destinar dinero del Fondo Especial de Crédito Agrícola para el *pago de los salarios* en las explotaciones ocupadas (2). Entonces se ocuparon rápidamente otras 800.000 hectáreas y se crearon un total de 460 unidades colectivas de producción (UCP) sobre 1,1 millones de hectáreas pertenecientes anteriormente a unos 1.200 propietarios y de hecho a menos de 1.000 familias, dadas las conexiones familiares de la clase latifundista en el Alentejo.

Entre tanto, el Estado intervino en el proceso mediante la promulgación, en julio de 1975, de una serie de decretos que fueron descritos entonces como «Reforma Agraria». Según esta legislación, el tamaño de cada explotación debía calcularse por medio de una clasificación *ad hoc* de categorías de tierras y de cultivos; según dicha clasificación, las explotaciones con más de 50.000 «puntos» y con un mínimo de 30 hectáreas debían ser expropiadas; las explotaciones de más de 500 hectáreas serían expropiadas independientemente del tamaño real corregido en «puntos». En abril de 1976 se restringió el área regional de aplicación de la legislación a los distritos de Portalegre, Evora, Beja y Setúbal y partes de los distritos de Castelo Branco, Santarem, Faro y Lisboa; de hecho, esta decisión significó, a nivel estatal, el reconocimiento de una situación *de facto*. Las tierras inclui-

(2) Según el economista procomunista E. Rosa (1977, págs. 41-44), la decisión de utilizar el Fondo Especial de Crédito Agrícola para el pago de los salarios de las UCP fue tomada el 28 de septiembre de 1975 por el Secretario de Estado para la Reestructuración Agraria, el comunista Antonio Bica. Esta fue presentada al ministro, Lopes Cardoso, como una situación *de facto*, reconocida por este último por medio de un decreto con fecha retroactiva de 27 de septiembre, pero decidido el 13 de octubre, cuando Bica estaba a punto de ser expulsado del gobierno. Este hecho nos indica la estrecha relación existente entre los acontecimientos en Alentejo y en la capital, y la extrema dureza de la lucha política a nivel gubernamental.

das en los planes de regadío de estos distritos fueron nacionalizadas y los agricultores se convirtieron en arrendatarios del Estado; los trabajadores agrícolas no consiguieron ocupar las grandes propiedades de estas zonas y lo mismo sucedió con algunas grandes compañías agrícolas que fueron o bien nacionalizadas y puestas bajo control estatal (Lezurias) o dejadas intactas (por ejemplo, Cárdiga).

Según la legislación de julio de 1975, el Estado se convirtió también en propietario de las tierras ocupadas por la UCP, pero a través del control remoto del Instituto de Reorganización Agraria (IRA). Al mismo tiempo, los antiguos propietarios conseguían el derecho de quedarse con la tierra que se hallaba por debajo del límite de 50.000 «puntos» (derecho de *reserva*, inspirado en la legislación chilena del período de la Unidad Popular). Posteriormente, durante el primer Gobierno Constitucional (socialista) con Soares como primer ministro y Barreto como ministro de Agricultura, estos derechos de *reserva* fueron sustancialmente ampliados y el límite se estableció en 70.000 «puntos». La puesta en práctica de estas nuevas disposiciones produjo una serie de enfrentamientos entre el gobierno y las UCP, pero en general el PCP, por razones políticas obvias, trató de mantener el enfrentamiento a un nivel reducido. En realidad, la «contrarreforma» de Barreto no consiguió alterar de modo significativo el *statu quo* del Alentejo; así, cuando se puso en evidencia que ni las UCP serían reconvertidas en parcelas campesinas individuales ni los propietarios tendrían la capacidad suficiente para recuperar su antiguo poder dominante, el ministro tuvo que dimitir. El problema de la «reforma agraria» sigue, por tanto, abierto; el tema tan crucial a nivel político e ideológico como el de la propiedad privada de la tierra, a diferencia, por ejemplo, del de la propiedad privada de las industrias, ha desempeñado y puede desempeñar de nuevo un papel movilizador del campesinado bajo el liderazgo político de las fuerzas conservadoras y de la derecha; este argumento ideológico se ve hasta cierto punto reforzado por la cuestión de la viabilidad económica de las UCP y de su integración en la economía de mercado predominante.

En el momento actual la situación de las UCP es la siguiente:

<i>Distritos</i>	<i>Número de UCP</i>	<i>Area de las UCP en mil Ha</i>	<i>Area total a expropiar en miles de Ha</i>
Beja	85	286.3	450
C. Branco	5	5.5	110
Evora	165	392.0	500
Portalegre	61	257.0	300
Santarem	55	45.0	100
Setúbal	78	92.0	120
Faro	3	1.0	8
Lisboa	7	5.6	12

(Según la legislación de 1975.)

Por último, quisiéramos añadir algunas líneas sobre el debate relativo a la naturaleza interna de las explotaciones colectivas. Hasta la derrota política de la izquierda, iniciada el 25 de noviembre de 1975, y concluida en junio de 1976 con la elección abrumadoramente mayoritaria del presidente Eanes, se desarrolló un debate entre los comunistas y la extrema izquierda en torno a los procedimientos de gestión de las explotaciones colectivas; en la actualidad parece que tal debate ha perdido parte de su importancia debido a que el movimiento se ha visto obligado a adoptar una postura relativamente defensiva. De hecho, se trataba de dos modelos según que los sindicatos comunistas controlaran totalmente o no las ocupaciones: las explotaciones completamente controladas fueron llamadas UCP y fueron gestionadas de forma más o menos centralizada bajo la supervisión de cuadros y técnicos del PCP; en cambio, en algunos distritos, como el de Evora, más difícil de controlar por parte de los sindicatos comunistas, predominó un espíritu más libertario de autogestión, con vínculos espontáneos entre cooperativas.

Por otro lado, resulta indudable que la principal preocupación de ambos tipos de explotaciones colectivas radicó en proporcionar pleno empleo a los trabajadores agrícolas locales, especialmente a los hombres. Pero resulta evidente también que éstos, sobre todo cuando perdieron el apoyo estatal después del 25 de noviembre, no consiguieron intro-

ducir cambios sustanciales en la estructura productiva tradicional y, por tanto, en la estructura ocupacional, caracterizada por el predominio de trabajadores agrícolas no especializados y abundante mano de obra eventual. Se ha llegado incluso a afirmar que ni siquiera las relaciones de producción experimentaron grandes cambios, en especial después de la primera oleada de ocupaciones espontáneas, pero antes de hacer una valoración final hay que tener en cuenta las posibilidades de sobrevivencia del movimiento. En todo caso se debe rechazar, por su carácter partidista, la crítica hecha por Barreto sobre el fracaso del movimiento en «suprimir el trabajo asalariado». En términos políticos, como se ha señalado anteriormente, estas áreas han votado siempre por el PCP y en cualquier caso el elevado número de votos conseguidos por Otelo de Carvalho en las elecciones presidenciales de 1976 puso de manifiesto que la única amenaza al control comunista sobre este área sólo podía venir de ideologías más populistas y radicales, principalmente de aquellas asociadas con la autogestión como oposición al centralismo.

El nuevo movimiento cooperativo

Como acabamos de indicar, algunas explotaciones colectivas del Alentejo han sido presentadas como cooperativas con el fin de diferenciarlas de las UCP centralizadas; pero la mayoría de los autores, incluidos los de la izquierda independiente (Bandarra & Jazra; V. M. Ferreira), admite que tales cooperativas tienen muy poco que ver con lo que significa en general una cooperativa agrícola de producción (quizá pueda hacerse una excepción con el experimento de la cooperativa de Torre Bela, cerca de Azambuja, en el distrito de Lisboa). Ello se debe a que el pequeño campesinado no se sumó al movimiento de forma significativa; en realidad, se opuso frecuentemente a él, como también lo hicieron los trabajadores fijos de las fincas ocupadas, al menos en los inicios del movimiento.

Esta contradicción entre pequeños campesinos y trabajadores agrícolas sin tierras fue utilizada posteriormente por las fuerzas opuestas al control de las explotaciones colecti-

vas por la izquierda y a la expropiación de las grandes explotaciones, para criticar el movimiento de ocupaciones. En realidad, tanto los argumentos comunistas de que el pequeño campesinado apoyó y se benefició de las ocupaciones como las alegaciones conservadoras de que los trabajadores agrícolas expropiaron injustamente a los pequeños campesinos carecen de base. Las Ligas de Pequeños y Medianos Agricultores, organizadas por el PCP, aunque estuvieran realmente enraizadas en el área, lo que no pasaba siempre, no pudieron dar respuesta a ninguna de las reivindicaciones específicas del pequeño campesinado y, mientras sobrevivieron, las Ligas se preocuparon exclusivamente de sostener las demandas de los trabajadores agrícolas; en cualquier caso, las alegaciones conservadoras están más próximas a la realidad, pero sólo son ciertas en la medida en que el movimiento de trabajadores agrícolas, al eliminar las relaciones de producción predominantes en el área, destruyó también las bases mediante las cuales una minoría de pequeños agricultores consiguió tener acceso a la tierra, como ha señalado con precisión V. M. Ferreira.

Pero de hecho el argumento es casi puramente ideológico, si se tiene en cuenta la realidad del Alentejo, cosa que ni el PCP ni los conservadores han hecho por obvias razones de propaganda. En 1970 no existía en el Alentejo nada que se pareciera a un pequeño campesinado. En los distritos de Evora y de Beja no había más de 12.000 agricultores campesinos, como se han definido en este artículo, frente a 70.000 trabajadores agrícolas sin tierras, o sea, una relación de uno a seis. Por el contrario, en los distritos de Portalegre y Santarem había 20.000 agricultores campesinos frente a 54.000 trabajadores agrícolas, o sea, una relación de sólo uno a tres.

No es casual el que, pese a sus esfuerzos, los sectores anticomunistas sólo consiguieran movilizar al campesinado contra las ocupaciones de tierras en algunas áreas de los distritos de Portalegre y Santarem, especialmente en las zonas de la región recientemente puestas en regadío. Los resultados electorales muestran también estas diferencias: mientras que el PCP y la extrema izquierda consiguieron más del 60 por 100 de los votos en los distritos de Evora y

Beja, en los de Portalegre y Santarem consiguieron tan sólo el 20 y el 30 por 100, respectivamente. La rica ciudad de Rio Maior, centro vinícola y de elaboración de productos alimenticios situada en el distrito de Santarem, debe a su posición estratégica en el límite entre las áreas latifundistas y las campesinas el que se convirtiera en la «capital» de la derechista Confederación de Agricultores Portugueses (CAP), a la que nos referiremos más adelante.

En otras palabras, ni la izquierda ni la derecha se dieron cuenta de que a lo largo de la historia la explotación específicamente campesina no ha podido ser establecida en muchas partes del Alentejo porque, dada la baja fertilidad del suelo y la escasa tecnología disponible, la superficie de tierra necesaria para mantener a una familia campesina es más de la que puede explotar una familia con su propio trabajo. De hecho, según una encuesta de 1969 sobre las explotaciones del Bajo Alentejo, publicada recientemente, se deduce que incluso las explotaciones más extensas estarían técnicamente arruinadas si no hubiera sido por las enormes subvenciones estatales; y si bien es cierto que el Estado ha ayudado a equilibrar el déficit financiero de las UCP, puede afirmarse al menos que en la actualidad las subvenciones van directamente a los productores y no a la clase terrateniente.

En las regiones en que el campesinado predomina numérica y socialmente sobre los trabajadores agrícolas no se produjeron tentativas serias de ocupación de tierras, pese a que en algunas áreas del Norte, como ya hemos indicado, la concentración de la tierra es bastante importante. Resulta interesante señalar que allí donde se produjeron acciones de este tipo, como, por ejemplo, en las tierras comunales de Cortiços, pueblo situado en el distrito noreste de Braganza, el gobierno socialista pudo en realidad fomentar el reparto de la tierra de la explotación colectiva entre los campesinos de la zona. Pero aún más importante fue el hecho de que en algunas partes del país, al norte del Tajo, el período revolucionario asistió a la aparición de un nuevo espíritu de cooperación entre los pequeños empresarios agrícolas. No obstante, son muy pocos los casos de pequeños campesinos

que convirtieran sus tierras en cooperativa y que en la actualidad la exploten cooperativamente, como en Barcouço (distrito de Coimbra). Otra experiencia digna de mención es la cooperativa de Santo Isidoro, cerca de Mafra, en el distrito de Lisboa, creada en 1968 en contra de la legislación vigente en la época que no autorizaba la formación de cooperativas de producción y que posteriormente constituyó la base de una Organización de Pequeños y Medianos Agricultores, organización independiente, que fue prácticamente la única que sobrevivió tras el colapso de las Ligas dominadas por los comunistas, y que se extendió más tarde a la vecina región de Sintra.

Durante el gobierno de Gonçalves, con Baptista como ministro de Agricultura, el Estado intervino para estimular el movimiento cooperativo facilitando el acceso a un crédito barato y fomentando, en julio de 1975, la sustitución de los viejos dirigentes de las antiguas cooperativas patrocinadas por el Estado y administradas en el marco de la organización corporativa de Agricultura (*Grémios*). Pero los viejos administradores locales de los *Grémios* pudieron, en general, conservar el control de estas nuevas cooperativas, lo que pone de manifiesto que las raíces de su poder sobre las comunidades rurales; una mezcla de control económico e ideológico, apenas se modificaron, excepto en áreas como Mafra y Sintra y en algunas zonas del Noroeste, debido a las condiciones económicas específicas de estas regiones donde predomina la producción de productos lácteos, a diferencia, por ejemplo, de las áreas productoras de vino y frutas (en las regiones vitícolas del Oeste se impuso a partir de mediados de 1975 la conservadora CAP).

Por último, otra cuestión interesante para la economía campesina fue la de las tierras comunales (*baldíos*), que el Estado, a pesar de la legislación de 1867, ha contribuido a arrebatar a los pueblos, ya sea mediante el establecimiento de planes de repoblación forestal controlados por el Estado o bien favoreciendo la apropiación directa de estas tierras por parte de grupos privados. En otros tiempos estas acciones habían producido enfrentamientos entre los aldeanos y el Estado (Aquilino Ribeiro, en su novela *Quando os lobos*

uivam (1950), hizo famoso uno de estos conflictos). Después del 25 de abril, la nueva legislación estableció el principio de la restitución de las tierras comunales a los aldeanos. Según algunas fuentes, la superficie total de tierra afectada por la nueva ley ascendería a 400.000 hectáreas, pero en opinión del antiguo ministro de Agricultura, Oliveira Baptista, los objetivos populares de la ley no se cumplirían, dado que los pequeños ganaderos tradicionales en las tierras comunales son un hecho del pasado y que, finalmente, sólo se beneficiarían de la legislación los grandes ganaderos y los comerciantes de carne. Hasta fecha reciente parece que sólo el 10 por 100 aproximadamente de las comunidades afectadas han solicitado el cumplimiento de la nueva legislación, pero se está llevando a cabo más trabajo de campo sobre el tema de los *baldíos*, con el fin de valorar esta legislación.

La cuestión del arrendamiento rústico

Mientras que los profundos cambios ocurridos en el Sur se debieron ante todo a la acción de los trabajadores rurales, en el Norte, pese a los movimientos a los que nos acabamos de referir, la iniciativa del Estado fue decisiva. De hecho, los pequeños arrendatarios, sobre todo los del distrito de Oporto, se movilizaron en favor de la aplicación de la nueva Ley de Arrendamientos Rústicos, promulgada en abril de 1975, y en contra de la resistencia de los propietarios.

Pero antes de seguir adelante hay que poner en claro una cuestión teórica. La distribución regional de la explotación de la tierra por arrendatarios puede parecer bastante confusa, debido a que los cuatro distritos con mayor proporción de arrendatarios eran, en 1968, los de Evora y Beja en el Sur, y los de Oporto y Braga en el Noroeste. Esta paradójica situación, dadas las diferentes condiciones ecológicas, sociales, económicas y políticas de estos dos conjuntos de distritos, pueden explicarse tan sólo en base a una distinción clara entre la renta del suelo como una mera relación de distribución, que da paso a la separación entre terrateniente y arrendatario capitalista, y la renta del suelo

como una relación social de producción que excluye al productor directo, el pequeño arrendatario, de la propiedad de su medio de producción más importante, es decir, la tierra.

Si dejamos de lado la categoría de la agricultura mixta (cuadro 8), como así debiera ser según hemos señalado en otra ocasión, el pequeño arrendatario tradicional, en realidad un aparcerero llamado *seareiro*, había desaparecido casi por completo del Alentejo hacia 1968: en los distritos de Evora y Beja había menos de siete mil pequeños arrendatarios (explotaciones con menos de 20 hectáreas), pero existían casi 400 agricultores capitalistas que arrendaban 160.000 hectáreas, o sea, una explotación media de 400 hectáreas. En el mismo período, había todavía en el Noroeste 80.000 arrendatarios, es decir, el 58 por 100 del número total de arrendatarios del país; del 80 al 100 por 100 de ellos, según los distritos, poseían menos de 5 hectáreas y eran en realidad pequeños aparceros llamados en esta región *caseiros*. Además, en el Noroeste no existía prácticamente una clase de agricultores arrendatarios capitalistas. Dicho de otro modo, hacia finales de los 1960, la renta del suelo desempeñaba en Alentejo, tanto social como económicamente, un papel de simple relación de distribución, a diferencia de las áreas de Oporto y Braga, donde la renta del suelo actuaba todavía como una relación de producción socialmente importante.

En su primera versión, la nueva ley de Arrendamientos Rústicos aspiraba de forma explícita a la supresión de los convenios de aparcería, a la reducción de las rentas y, en general, a la concesión de seguridad al arrendatario. Aspiraba en suma a promocionar a un grupo de agricultores arrendatarios en la agricultura moderna, a base de invertir más, aumentar la productividad de la explotación y vender la mayor parte de la producción. En otras palabras, como ha señalado, por ejemplo, A. T. de Abreu, la idea general era la modernización y una más completa integración de este sector del campesinado en el desarrollo general del capitalismo. Quizá éste sea el motivo de que los *caseiros*, muchos de los cuales no dependen ya exclusivamente o al menos no

principalmente de la agricultura para vivir, se hayan mostrado reticentes a la hora de apoyar el núcleo activista de aquellos que han estado luchando por el cumplimiento de la nueva legislación.

En resumen, el éxito relativo de la resistencia de los terratenientes, mezcla de absentistas y gentes del lugar, y los cambios legislativos adoptados durante el ministerio de Barreto a petición de los partidos conservadores, principalmente el hecho de que la legislación ya no sea aplicable a las explotaciones más pequeñas (menores de 2 hectáreas), parecen demostrar la fuerza de la estructura de poder tradicional en estas áreas, y, en general, el carácter limitado de las presiones espontáneas hacia una modernización agrícola de orientación capitalista. Es decir, el beneficio capitalista, en tanto que relación de producción, sigue siendo en el Norte una categoría subordinada si se compara con la renta del suelo, relación de producción que sirve para preservar la comunidad rural tradicional; una vez más no parece que las presiones para una modernización procedan del campesinado, sino de fuera de la agricultura.

La política en las zonas rurales

En lo expuesto hasta ahora existen obviamente muchos elementos políticos. Ahora bien, en esta última sección del artículo quisiéramos examinar las formas de articulación de la política en el campo con la política nacional y hasta qué punto aquélla determina a ésta. No volveremos a tratar del papel de los sindicatos y de los partidos de izquierda en el Sur ni las implicaciones políticas generales de las ocupaciones de tierras, movimiento que finalizó, no de forma accidental, el 25 de noviembre de 1975, cuando la izquierda resultó derrotada en Lisboa. Añadiremos tan sólo que, bajo la dirección del PCP, los trabajadores agrícolas asalariados de algunas áreas de pequeñas explotaciones del Norte empezaron a organizarse por primera vez en la historia de Portugal; pero el éxito de este movimiento parece limitado a las regiones de viticultura rica e intensiva, como las áreas de Oporto y Dão, lo cual es natural si se tiene en cuenta las indicaciones que hemos hecho anteriormente sobre las con-

diciones necesarias para el nacimiento de un movimiento sindical entre los trabajadores agrícolas.

Pasemos, pues, a examinar otras organizaciones políticas y parapolíticas activas en el campo portugués después del 25 de abril. En primer lugar es importante recordar la existencia en las áreas rurales de toda una gama de intermediarios que no sólo desempeñan un papel económico fundamental sobre el campesinado, sino también un papel político igualmente crucial derivado en gran parte del primero. La situación de dominación cultural e ideológica en que se halla todavía el campesinado se puso de manifiesto por el papel desempeñado durante el período revolucionario por los «mediadores ideológicos y culturales», como se les ha definido a veces; es decir, los individuos y grupos que han mediado históricamente en las relaciones entre las comunidades rurales y el mundo exterior, o sea, entre los campesinos y el aparato del Estado y el de la Iglesia católica. Resulta útil recordar un caso específico por sus sorprendentes resultados políticos: el caso del sacerdote maoísta de Machico, en la isla de Madeira, cuyo papel fue decisivo en la elección de dos diputados de Unión Democrática Popular (UDP), a la izquierda del PCP, para la Asamblea regional, que de lo contrario hubiera estado totalmente dominada por los partidos conservadores, Partido Popular Democrático (PPD, actualmente Partido Social Demócrata) y Centro Democrático y Social (CDS). Como es de suponer, la intervención de la Iglesia en los acontecimientos políticos no ha tenido esa connotación izquierdista, y un caso significativo fue el papel desempeñado por el fallecido arzobispo de Braga en la serie de ataques contra las sedes de los partidos de izquierda durante el verano de 1975.

En cuanto a la izquierda, y fuera de la región del Alentejo, ya hemos tratado del fracaso de las Ligas de Pequeños y Medianos Agricultores controladas por los comunistas, fracaso sobre todo en abordar los auténticos motivos de queja de los viticultores del Oeste, que permitió la consolidación de la CAP. En cambio, tuvo más éxito el Movimiento de Agricultores y Arrendatarios del Norte (MARN), respaldado también por el PCP y que ha sido la fuerza impul-

sora de la lucha por la puesta en vigor de la Nueva Ley de Arrendamientos. Ahora bien, lo importante a tener en cuenta es la falta de correlación entre el éxito relativo del MARN en la organización de los arrendatarios y el comportamiento electoral de las comunidades implicadas; es decir, no existen grandes diferencias en el voto del PCP entre áreas como Lousada, en la que surgió el MARN y donde el Frente Eleitoral «Povo Unido» (FEPU) consiguió sólo el 6 por 100 de los votos en diciembre de 1976, y cualquier otra área de la región en que el MARN tuvo menos éxito. Se puede llegar a la conclusión de que la penetración política de la izquierda en las zonas tradicionalmente católicas de pequeña explotación agrícola no ha conseguido hasta ahora progreso alguno pese al compromiso activo de organizaciones tales como el MARN en las reivindicaciones cotidianas de la numerosa clase de arrendatarios y pequeños agricultores. En cambio, la CAP, que hasta ahora no ha conseguido actuar de acuerdo con sus estatutos como una unión de agricultores (en la línea de las asociaciones corporativas francesas de agricultores), se ha mostrado extremadamente efectiva en algunas circunstancias cruciales, logrando la movilización de importantes capas de pequeños campesinos sobre bases puramente políticas, sobre todo en nombre de los derechos de la propiedad privada de la tierra y en contra de los gobiernos provisionales de izquierdas. Cabe señalar que la CAP sustituyó a una organización llamada Asociación Libre de Agricultores (ALA) creada en 1974 por un pequeño grupo de agricultores capitalistas del Oeste y del Alentejo para representar a los patronos durante el período de convenios colectivos con los trabajadores agrícolas, al que ya me he referido anteriormente.

Las actividades e ideología de la ALA eran muy semejantes a las de las tendencias modernizadoras de orientación capitalista, que mencioné en relación con la posibilidad de una Reforma Agraria controlada por el Estado, y quizá también al espíritu de la Ley de Arrendamientos. Pero como ya indiqué entonces, tales actividades fracasaron totalmente frente a las ocupaciones espontáneas de tierras y al giro hacia la izquierda a nivel nacional de principios de 1975. Sin embargo, al fracasar la estrategia de la ALA, las

fuerzas dirigentes del capitalismo en las zonas rurales, que incluyen agricultores capitalistas y propietarios de grandes fincas, así como toda la gama de intermediarios y fabricantes de productos alimenticios mencionados más arriba, recurrieron a la ideología rural tradicional y explotaron al máximo las contradicciones económicas y culturales entre campo y ciudad. Pese a su falta de interés por las reivindicaciones cotidianas, la estrategia de la CAP alcanzó bastante éxito en la movilización del campesinado: tuvo un papel decisivo en la caída del quinto gobierno provisional (Vasco Gonçalves), así como en la consecución de la revisión de la Reforma Agraria y de la Ley de Arrendamientos Rústicos, desde una perspectiva conservadora, tras la caída de Vasco Gonçalves. Sin embargo, en fecha más reciente, la CAP no pudo evitar la destitución del ministro Barreto ni que el actual gobierno (el segundo constitucional) abandonara su compromiso de dismantelar las UCP del Alentejo.

Quisiera destacar que la CAP no consiguió idénticos triunfos en las distintas regiones del Norte del país. Por desgracia, no tenemos mucha información sobre el número de miembros y sobre la organización interna de la CAP, en contraste con sus declaraciones públicas y sus manifestaciones ruidosas y a veces violentas, pero, en general, puede afirmarse que tuvo más éxito en el Oeste y en las zonas más ricas del Noroeste que en las regiones más pobres del Noroeste. Dicho de otro modo, parece que la CAP es más fuerte allí donde existen indicios de que el campesinado está cada vez más ligado al mercado, como vendedor y como comprador. Por el contrario, en las regiones en que el campesinado está menos orientado hacia el mercado, la atracción de la CAP ha sido menor. Hemos intentado hallar posibles correlaciones entre los diferentes resultados conseguidos por la CAP y el comportamiento electoral de las mismas poblaciones rurales, pero se requiere una investigación básica adicional.

Podemos afirmar como hipótesis tentativa que los campesinos menos orientados hacia el mercado han mostrado cierta tendencia a votar por los católicos conservadores (CDS), mientras que aquellos completamente integrados en el mercado han preferido el menos tradicional PPD, un

partido entonces completamente comprometido con la «empresa privada» y con la restauración del «capitalismo libre». Pero sabemos muy poco, por ejemplo, sobre la sociología del catolicismo portugués para enjuiciar su impacto electoral específico. Es cierto que en la zona con creciente pérdida de influencia católica de Rio Maior, lugar de nacimiento de la CAP, el PPD consiguió en diciembre de 1976 el 45 por 100 de los votos y el CDS sólo el 16 por 100. Por otra parte, el papel de algunos sacerdotes progresistas contribuyó a la resistencia frente al dominio de la CAP en las áreas de producciones lácteas de Mafra y Sintra, hecho al que ya me he referido con anterioridad. Resulta, sin embargo, muy difícil llegar a una conclusión clara a este nivel de la investigación, excepto que de un modo u otro las contradicciones tradicionales entre campo y ciudad, que se agudizaron durante 1974-1975, abonaron el terreno para una mayor influencia de las fuerzas políticas conservadoras no sólo en el campo, sino también en las ciudades.

CONCLUSION

Para terminar vamos a resumir las distintas cuestiones planteadas en este artículo. Ante todo, esperamos haber conseguido llamar la atención sobre la gran variedad y riqueza de la situación agraria portuguesa, que comprende toda una gama de formas sociales, desde el comunitarismo agrario existente aún en las montañas del Noreste hasta las modernas formas de explotación capitalista del Oeste y del Sur, sin olvidar el amplio sector de agricultura campesina profundamente penetrado por las relaciones de mercado. Tras la revolución, esta diversidad se vio ampliada con un fuerte sector colectivizado y la aparición de nuevas formas de cooperación y de organización política entre el campesinado.

Hasta el 25 de abril, la evolución de las estructuras agrarias portuguesas parecía seguir el modelo de la mayoría de los países industrializados europeos, cuyo exponente más característico es Francia; las tendencias observadas más características serían las siguientes: aumento de la agricul-

tura directa, descenso absoluto y relativo de la población agrícola asalariada, junto a una cierta estabilidad, e incluso reforzamiento, de la agricultura familiar *formalmente sometida* al modo de producción capitalista a través de la esfera de circulación del capital. Según hemos señalado, para que surgieran estas tendencias fue preciso que se acentuara el peso de un factor «negativo»: la emigración masiva al extranjero. En la actualidad se plantea todo un conjunto de cuestiones cruciales relativas a la evolución de las estructuras agrarias en Portugal surgidas de la integración y reproducción del sector colectivizado en el seno de una economía que sigue siendo, pese a cambios significativos, una economía de mercado, cuyas reglas no son cumplidas por las UCP. Es posible todavía que el futuro del sector colectivizado dependa en mayor medida de las decisiones políticas tomadas a nivel estatal que de su funcionamiento económico y social real.

Por otro lado, aunque las UCP representen una cuarta parte de toda la tierra cultivada, no debe olvidarse que su contribución al PAB es tan sólo del 10 por 100. Así pues, la capacidad de la agricultura portuguesa para cubrir la creciente demanda interna o, alternativamente, para aumentar de forma significativa sus exportaciones, sigue siendo casi la misma que antes de la revolución. De hecho, dadas las estructuras del sector campesino dominante y de su corolario, o sea, una enorme cadena de todo tipo de intermediarios, no será fácil hallar soluciones a la necesidad de abastecer a las ciudades de productos alimenticios baratos y de calidad y proporcionar a los campesinos una renta que les permita un modo de vida moderno. Existen, por lo demás, suficientes evidencias para creer que esta modernización de orientación capitalista no se conseguirá sin llevar a cabo reformas estructurales costosas del sector campesino que la esfera agrícola por sí sola no parece en situación de financiar, y, por tanto, será necesario recurrir a los sectores no agrícolas.

Dicho de otro modo, en mi opinión es totalmente improbable que la agricultura portuguesa permita algún tipo de «acumulación primitiva» que proporcione capital para la industrialización y, al mismo tiempo, para la modernización

del propio sector. Por último, no resulta difícil pensar que la Confederación de Agricultores Portugueses, si sigue una evolución parecida a sus equivalentes europeos y extiende las bases que la apoyan, solicitará mejores precios de apoyo a los productores y un aumento de las subvenciones del Estado; y tampoco es difícil prever hasta qué punto tales demandas van a socavar la capacidad, ya bastante reducida, de las organizaciones de izquierda para cubrir la brecha existen entre el campesinado y las clases obreras urbanas.*

BIBLIOGRAFIA

Obras generales

- BERGER, D.: *Les paysans contre la politique*, París, Editions du Seuil, 1975.
- EVARD, P.; HASSAN, D., y VIAU, C.: *Petite Agriculture et capitalisme*, mimeo, París, Institut National de la Recherche Agronomique, 1976.
- FAURE, C.: *Les paysans dans la production capitaliste*, Departamento de Economía Política, Universidad de París-Vincennes, 1974.
- GERVAIS, M.; JOLLIVET, M., y TAVERNIER, Y.: *La fin de la France paysanne de 1914 à nos jours*, vol. 4 de Duby, G. y Wallon, A. (editores) *Histoire de la France rurale*, París, Editions du Seuil, 1976.
- MARTÍNEZ ALIER, J.: *La estabilidad del latifundio*, París, Ruedo Ibérico, 1968.
- MARX, K.: *Value: Studies*, traducido y editado por Albert Dragstedt, Londres, New Park Publications, 1976.
- MINTZ, S. W.: «The rural proletariat and the problem of rural proletarian consciousness», *Journal of Peasant Studies*.
- MOUZELIS, N.: «Capitalism and the development of agriculture» (artículo sobre el libro de K. Vergopoulos), *Journal of Peasant Studies*, vol. 3, n.º 4, 1976.
- REY, P. Ph.: *Les alliances de classe: sur l'articulation des modes de production*, París, Maspero, 1973.
- SERVOLIN, C.: «L'absorption de l'agriculture dans le mode de production capitaliste», *L'Univers politique des paysans dans la France contemporaine*, París, A. Colin, 1972.
- TEPICHT, J.: *Marxisme et agriculture: le paysan polonais*, París, A. Colin, 1973.

* Traducción al castellano de Berta Juliá.

- VERGOPOULOS, K.: «Capitalisme difforme: le cas de l'agriculture dans le capitalisme», en Amin, S. y Vergopoulos, K., *La question paysanne et le capitalisme*, París, Anthropos-IDEF, 1974.
- *Le capitalisme difforme et la nouvelle question agraire: l'exemple de la Grèce moderne*, París, Maspero, 1977.

Obras sobre Portugal

- ABREU, A. T. de, «et alii»: *Arrendamento rural*, mimeo, Oeiras; Fundación Calouste Gulbenkian, 1975.
- BANDARRA, A. y JAZRA, N.: *A estrutura agrária portuguesa transformada*, Lisboa, 1975.
- BARRETO, A.: *Por una reforma agrária democrática e constitucional*, Lisboa, Ministerio de Agricultura y Pesca, 1977.
- CABRAL, M. V.: *Materiais para a história da questão agrária em Portugal*, séculos 19-20, Oporto, 1974.
- *O desenvolvimento do capitalismo em Portugal no século 19*, Oporto, Lisboa, 1976.
- CARDOSO, A. L.: *Luta pela Reforma Agrária*, Lisboa, 1976.
- CASTANHEIRA, M. E., y RIBEIRO, M. E.: «A repartição pessoal do rendimento em Portugal», *Análise Social*, n.º 51, Lisboa, Gabinete de Investigaciones Sociales, 1977.
- CUNHAL, A.: *A questão agrária em Portugal*, Río de Janeiro, 1968.
- CUTILEIRO, J.: *A Portuguese rural society*, Oxford University Press, 1971.
- FERREIRA, V. M.: *Da reconquista da terra à reforma agrária*, Lisboa, 1977.
- FREITAS, E. de: «Alguns dados referentes à Reforma agrária no distrito de Evora», *Análise Social*, n.º 50, Lisboa, Gabinete de Investigaciones Sociales, 1977.
- ALMEIDA, J. F. de, y CABRAL, M. V.: *Modalidades de penetração do capitalismo na agricultura: estruturas agrárias em Portugal Continental, 1950-1970*, Lisboa, 1976.
- OCED: *Le développement de l'agriculture en Europe méridionale*, París, 1969.
- *Agricultural policy in Portugal*, París, 1975.
- ROSA, E.: *A Reforma Agrária em perigo*, Lisboa, 1977.
- RUTLEDGE, I.: «Land Reform and the Portuguese revolution», *Journal of Peasant Studies*, vol. 5, n.º 1, 1977.
- SILVA, C. da; CARVALHO, A. de, y CRUZ, R. D. da: *Inquérito as explorações agrícolas do Baixo Alentejo*, mimeo, Oeiras, Fundación Calouste Gulbenkian, 1976.

CUADRO I

Distribución de la población y de las explotaciones agrícolas en Portugal (1968-1970)

Regiones, Distritos	EXPLORACIONES		Población Activa		Superficie por persona activa Hectáreas	Tamaño medio de las explotaciones Hectáreas
	Número (miles)	%	Hectáreas (miles)	%		
NOROESTE:						
Viana	43,8		67,0		60,7	1,5
Braga	61,1		135,7		68,4	2,2
Porto	62,2		120,7		48,4	1,9
Aveiro	68,9		132,4		47,8	2,8
Viseu	81,4		213,7		83,4	2,6
Coimbra	70,4		146,9		53,9	2,1
Total	387,8	48,0	816,5	16,4	364,6	2,2
OESTE:						
Leiria	60,5		149,2		52,0	2,9
Lisboa	41,6		150,7		46,8	3,2
Santarém	55,5		352,9		63,9	5,5
Total	157,6	19,6	652,9	13,0	162,8	4,1
NORESTE:						
Vila-Real	43,6		164,9		54,0	3,0
Bragança	31,5		314,7		39,3	8,0
Guarda	43,7		259,6		41,2	6,0
C.º Branco	44,3		409,0		43,2	9,5
Total	163,1	20,1	1.150,6	23,2	177,7	7,0
ALENTEJO:						
Portalegre	16,2		469,9		43,7	29,0
Evora	11,4		572,0		35,9	50,1
Beja	20,8		753,9		50,0	36,2
Setúbal	17,3		293,9		32,9	16,9
Total	65,7	8,1	2.089,7	42,0	162,7	31,6
ALGARVE:						
Faro	34,3	4,2	276,1	5,4	37,7	8,0
TOTAL 18 DISTRITOS	808,5	100,0	4.983,1	100,0	895,3	6,2

CUADRO 2

Población agrícola por grupos sociales, 1950-1970

Grupos sociales	Años		1950		1960		1970	
	Miles	%	Miles	%	Miles	%	Miles	%
Agricultores capitalistas.	136,6	9,7	76,3	5,9	17,1	1,9		
Agricultores campesinos.	268,7	19,1	275,2	21,2	329,0	36,7		
Trabajadores agrícolas asalariados	842,0	59,7	770,4	59,4	444,8	49,7		
Trabajadores familiares no remunerados	162,1	11,5	174,6	13,5	99,6	11,1		
TOTAL	1.413,2	100,0	1.296,5	100,0	890,5	100,0		

CUADRO 3

Población agrícola por «sectores», 1950-1970

«Sectores»	Años		1950		1970	
	Miles	%	Miles	%	Miles	%
«Sector» capitalista: Agricultores capitalistas más trabajadores asalariados	978,6	69,4	461,8	51,6		
«Sector» campesino: Agricultores campesinos más trabajadores familiares no remunerados	430,9	30,6	428,6	47,8		

CUADRO 4

Población agrícola por grupos de ocupación, 1950-1970

Grupos de ocupación	Años			1950			1970		
	Miles	%	Ratio	Miles	%	Ratio	Miles	%	Ratio
Agricultores: Capitalistas más campesinos.	405,3	28,8	1	346,1	38,6	1			
Trabajadores dependientes: Trabajadores asalariados más trabajadores familiares ...	1.004,2	71,2	2,5	544,4	61,8	1,3			

CUADRO 5

Declive de los trabajadores dependientes por regiones, 1950-1970
5a.—Trabajadores asalariados

Regiones	Años		1950		1970	
	Miles	Porcentaje sobre población agrícola regional	Miles	Porcentaje sobre trabajadores asalariados	Miles	Porcentaje sobre población agrícola regional
Noroeste	229,3	43,1	27,3	116,0	31,6	26,1
Oeste	194,5	68,4	23,1	97,0	59,5	22,1
Noreste	160,0	58,0	19,0	82,0	46,0	18,7
Alentejo	215,0	80,8	25,5	125,0	77,5	28,5
Algarve	43,2	62,1	5,1	20,0	52,7	4,5

5b. Trabajadores familiares no remunerados

Regiones	Años		1950		1970	
	Miles	Porcentaje sobre población agrícola regional	Miles	Porcentaje sobre trabajadores asalariados	Miles	Porcentaje sobre población agrícola regional
Noroeste	98,7	18,5	61,0	68,0	18,6	68,2
Oeste	20,1	7,0	12,3	7,7	4,7	7,7
Noreste	28,9	10,5	17,8	18,8	10,6	18,9
Alentejo	8,0	2,9	5,0	2,8	1,7	2,9
Algarve	6,3	10,0	3,9	2,3	6,2	2,3

CUADRO 6
Trabajadores asalariados con empleo fijo (1968)
6a. Por regiones

<i>Regiones</i>	<i>Porcentaje sobre total trabajadores asalariados</i>	<i>Distritos</i>	<i>Porcentaje sobre total trabajadores asalariados</i>
Noroeste	32,6	Viana	34,3
Oeste	28,5	Braga	39,0
Noreste	25,7	Porto	56,8
Alentejo	58,8	Aveiro	24,6
Algarve	23,1	Viseu	29,5
		Coimbra	20,9
Total regiones	35,9		

CUADRO 7
Tipos de agricultura, 1952/1954-1968

Tipos	Años		1952-54			1968			Incremento del número (%)
	Miles	%	Miles	Hectáreas (estimadas)	%	Miles	%	Hectáreas (estimadas)	
Agricultura familiar autónoma	276,6	32,4	453,8	1.000,0	20,0	453,8	55,9	1.700,0	+ 64,1
Agricultura familiar no autónoma	425,8	49,9	235,7	500,0	10,0	235,7	29,0	300,0	- 44,6
Agricultura capitalista ...	151,2	17,7	122,1	3.500,0	70,0	122,1	15,1	3.000,0	- 19,2
Total	853,6	100,0	811,6	5.000,0	100,0	811,6	100,0	5.000,0	- 4,9

NOTA: Agricultura «autónoma» significa que la familia vive enteramente de los ingresos proporcionados por la explotación, mientras que la «no autónoma» quiere decir que el *cabeza* de familia trabaja fuera como obrero asalariado. Agricultura «familiar», distinta de la «capitalista», indica que «la mayor parte de las labores de la explotación son realizadas por miembros de la familia»; sin embargo, el 44,9 por 100 de estas explotaciones, especialmente las mayores (más de 20 Ha), empleaban en 1968 a algunos trabajadores eventuales.

CUADRO 8
Tipos de tenencia de la tierra, 1952/1954-1968

Sistemas de tenencia	Años		1952-54		1968	
	Miles	%	Miles	%	Miles	Hectáreas (miles)
Explotación directa	525,3	61,5	517,5	63,8	2.821,3	56,7
Explotación mixta	163,0	19,1	155,8	19,2	1.461,6	29,4
Arrendamiento más aparcería	165,3	19,4	138,3	17,0	691,2	13,9
TOTAL	853,6	100,0	811,6	100,0	4.974,1	100,0

NOTA: Explotación «mixta» significa que una parte de la tierra pertenece al agricultor y que el resto está arrendada. Dentro de este régimen de tenencia «mixta», cerca del 45 por 100 de la tierra era realmente propiedad de los agricultores en 1968.

CUADRO 10
Mecanización (tractores), 1952-1972

Regiones	1952-54		1968		1972		
	Años	Tractores	%	Tractores	%	Tractores	Tractores por explotación
Noroeste	146	3,573	3,7	21,0	5,688	16,4	1 : 68
Oeste	1.259	5.179	31,5	30,5	10.570	30,7	1 : 15
Noreste	168	1.884	4,2	11,1	3.995	11,5	1 : 43
Alentejo	2.252	5.836	56,5	34,1	12.407	35,9	1 : 5
Algarve	138	561	3,5	3,3	1.882	5,3	1 : 19
TOTAL	3.963	17.039	100,0	100,0	34.475	100,0	1 : 145

CUADRO 11
Producción agrícola, 1950-1970

Regiones	Años	1950		1970		Incremento (%)
		Escudos (millones)	%	Escudos (millones)	%	
Noroeste	4.443,6	35,8	7.243,0	36,4	63,0
Oeste	2.718,1	21,9	4.616,6	23,2	69,9
Noreste	2.088,4	16,8	3.125,7	15,7	49,6
Alentejo	2.673,2	20,8	4.258,4	21,4	59,3
Algarve	428,5	3,8	640,2	3,2	34,8
TOTAL	12.405,8	100,0	19.883,9	100,0	60,1

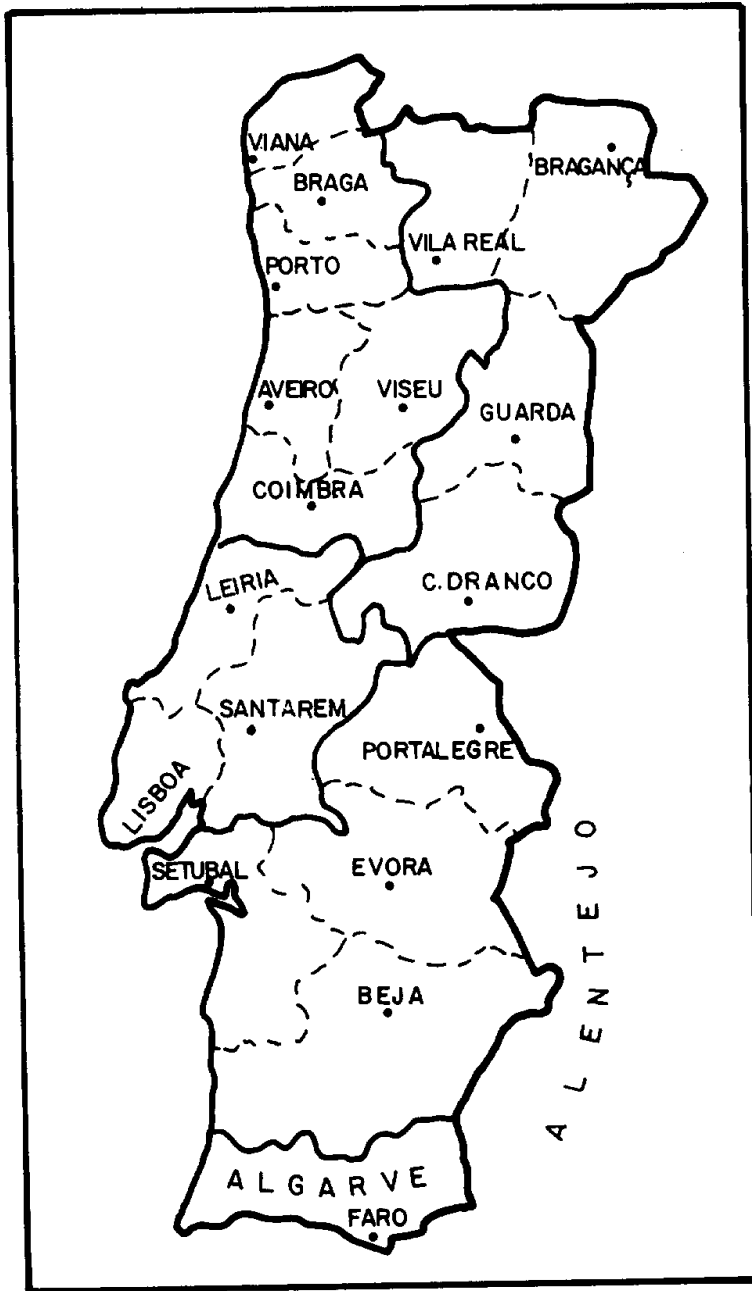
CUADRO 12
Productividad, 1950-1970

	PRODUCTIVIDAD DEL SUELO (miles de escudos por ha.)		Incremento (%)	PRODUCTIVIDAD DE LA MANO DE OBRA (miles de escudos por M. L. U.)	
	1950	1970		1950	1970
Noroeste	3.3	5.4	63.6	10.2	25.1
Oeste	2.7	4.5	66.7	11.4	34.7
Noreste	1.3	1.9	46.1	9.5	21.7
Alentejo	1.0	1.6	60.0	13.2	32.5
Algarve	1.1	1.5	36.3	9.6	20.7
TOTAL	1.6	2.6	62.5	10.8	27.1

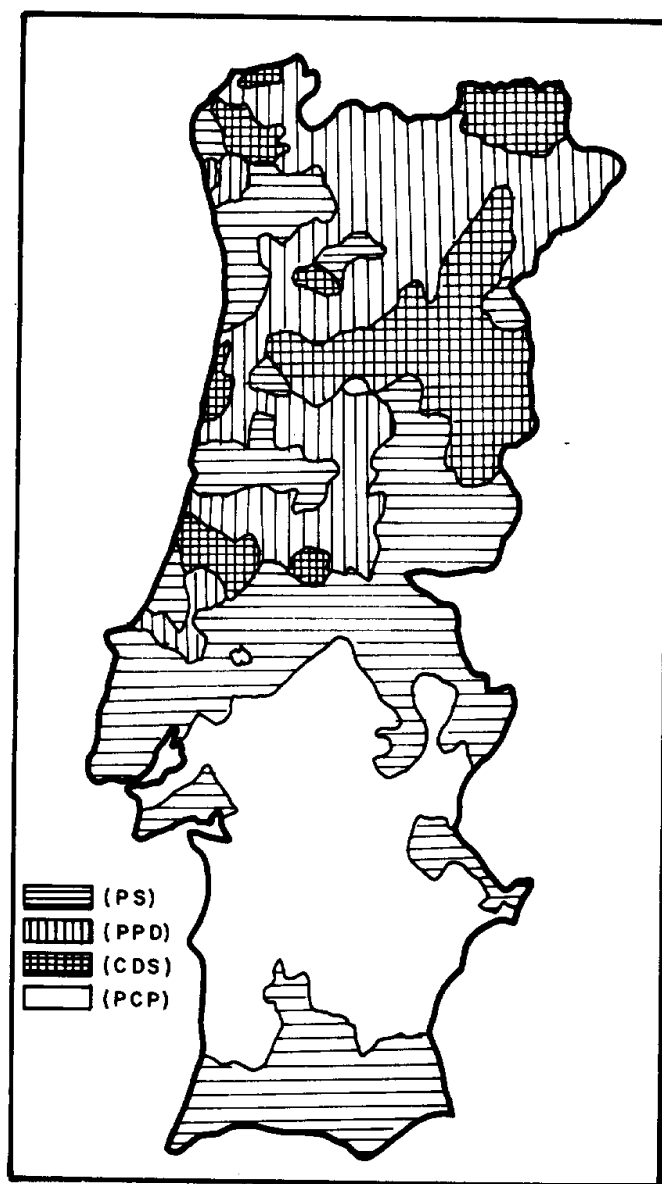
NOTA: Medias aritméticas regionales.

CUADRO 13
Superficie de regadíos por regiones, 1951-1956

Regiones	Tierras en regadío (miles de ha.)	% por regiones	% sobre el total de superficie de regadío
Oeste	74.4	10.2	11.9
Noreste	116.7	8.7	18.7
Alentejo	38.2	2.2	6.1
Algarve	16.0	4.5	2.5
TOTAL	622.5	12.8	100.0

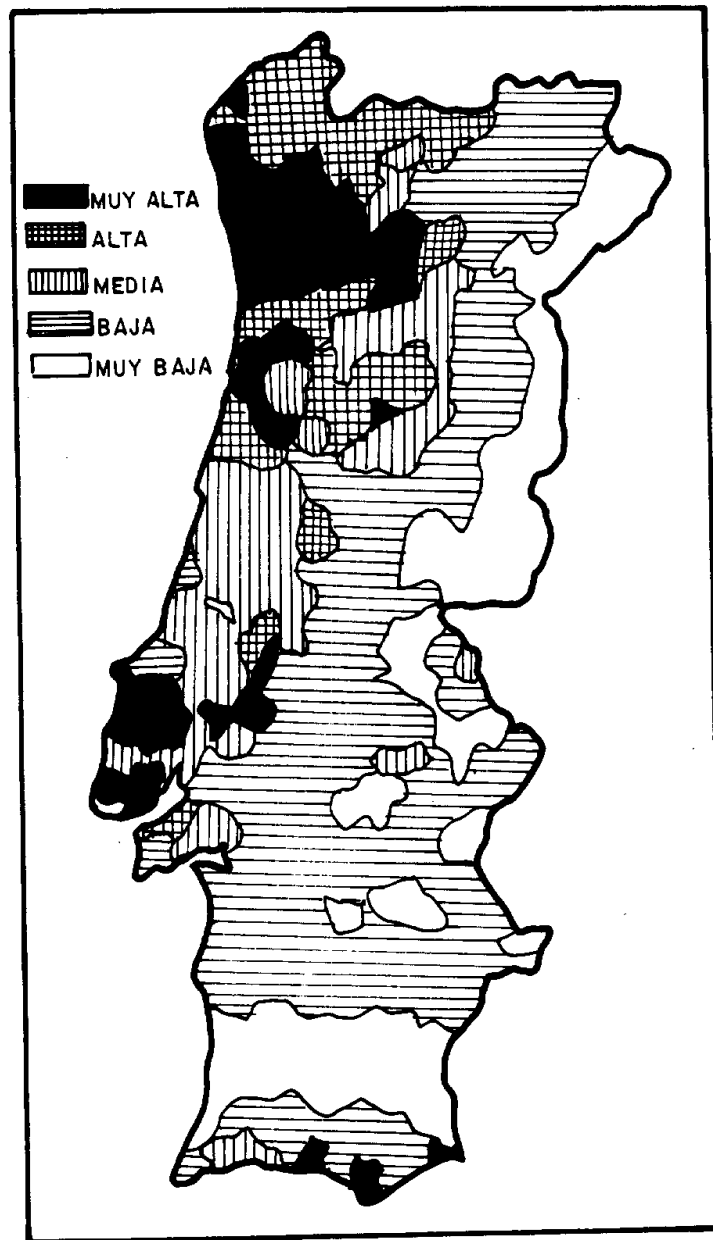


PORTUGAL, REGIONES Y DISTRITOS



PORTUGAL, ELECCIONES LEGISLATIVAS DE 1976

- 1) Partido Socialista (PS)
- 2) Partido Popular Democrático (PPD)
- 3) Centro Democrático Social (CDS)
- 4) Partido Comunista Português (PCP)



PORTUGAL, PRODUCTIVIDAD DE LA TIERRA (Circa 1960)

- | | | |
|-------------|----------|-------------|
| 1) Muy alta | 3) Media | 5) Muy baja |
| 2) Alta | 4) Baja | |

RÉSUMÉ

Le présent article est divisé en deux parties. Dans la première partie on analyse les changements les plus importants qu'ont eu lieu dans les structures agricoles portugaises pendant les vingt-cinq dernières années, en prenant bonne compte des effets de l'émigration rurale massive qui a eu lieu à partir des années cinquante. Dans le cours de l'analyse en question on essaie de clarifier quelques questions relationnées avec le problème de l'intégration de l'agriculture dans le mode de production capitaliste.

Avec ce cadre structurel comme toile de fond on étudie, dans la deuxième partie de l'article, les mouvements sociaux qui ont fait apparition dans les zones rurales portugaises après la défaite de la dictature par les forces armées du 25 d'avril, 1974.

SUMMARY

The present article is divided into two parts. In the first part it is analysed the most prominent changes which have taken place in the Portuguese agricultural structures during the last 25 years, taking good account of the effects of the massive rural emigration which took place since the fifties. In the course of such an analysis it is tried to clarify some questions related to the problem of the integration of agriculture to the capitalistic ways of production.

Within the background of this structural framework, it is studied, in the second part of this article, the social movements resulting in the Portuguese rural areas after the defeat of the dictatorship by the armed forces on the 25th of april, 1974.
